



EL
SECRETO
DE
Amanda

*Sarah
Russell*

El secreto de Amanda

Sarah Rusell

El secreto de Amanda.

©Todos los derechos reservados.

©Sarah Rusell.

Noviembre, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

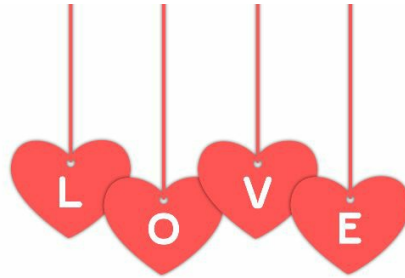
Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Epílogo

Capítulo 1



El día amaneció gris y lluvioso pero, con independencia del tiempo que hiciera, mis mañanas se habían teñido de color, desde hacía unas semanas.

—Cristina, cariño, un día te dejas la cabeza se ve venir, ¡toma la mochila! —le dije, mientras corría tras ella.

—Mamá, yo lo llevo todo, no te preocupes —dijo el pequeño Pablo.

—No tengo ninguna duda de eso, amor. Un beso y suerte con el examen —dije.

—Hoy no vengo a comer, Amanda, recuerda que tengo reunión con los de la nueva campaña. La cercanía de las Navidades es la misma locura de todos los años —me dijo Javier, mi marido, dándome un beso y saliendo por la puerta de modo precipitado.

Por fin estaba sola y en 30 minutos llegaría el momento más esperado del día. Esa era el tiempo prudencial que Mario y yo habíamos establecido después de que saliera Javier de casa, por si acaso algún olvido le hacía volver alguna de las mañanas.

Media hora después de salir, ya estaría en el trabajo y era improbable que pudiese volver. Así que, todas las mañanas, justo a las 9:00, iniciaba mi sesión de Skype y Mario estaba esperándome al otro lado de la pantalla. Eso sí, solo chat escrito...

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo has dormido hoy?

—Mucho mejor pero te vuelvo a preguntar lo de todos los días, ¿por qué crees que soy preciosa?

—Lo intuyo, preciosa, lo intuyo. ¿Sabes? Me gusta cerrar los ojos y ponerte cara.

—Pero esa es la cara que tú me pones, no la real...

—Pues algo me dice que debes ser todavía más guapa...

—Creo que me subestimas, yo no me veo...

—Tú tienes la moral baja cariño, no estás pasando por tu mejor momento, pero pronto vas a sacar la mejor versión de ti misma...Una renovada que supere a la anterior, si es que eso es posible...

—Vuelves a subestimarme, yo no creo merecer...

—Tú eres una mujer de bandera y yo me voy a dejar la piel en que tomes conciencia de ello...

—Eres muy bueno pero Mario... No te he contestado antes. Ya descanso mucho mejor y, desde que has aparecido en mi vida, los sueños se han normalizado, no he vuelto a tener pesadillas...

Aquellas pesadillas a las que me refería eran el motivo de que, por primera vez en la vida, viera salir a mi familia por la mañana, rumbo a cumplir con sus obligaciones, mientras yo me quedaba en casa. Soy policía nacional y, un incidente fortuito hizo que mi compañero perdiera la vida justo a mi lado, hacía unos meses.

Medité y llegué a la conclusión de que necesitaba un tiempo para mí por lo que, después de consultarlo con la almohada y con Javier, decidí pedir una baja médica.

Las primeras semanas no fueron fáciles porque pronto me di cuenta de no estaba acostumbrada a la rutina del hogar, pero en el fondo sabía que debía darme un respiro y que era mejor así.

Y ahora, Mario había aparecido en mi vida, vía pantalla de Skype. Una invitación inesperada, que resultó ser para alguien que se llamaba igual que yo y, una conversación que se inició de esa improvisada manera y que ninguno de los dos queríamos dar por finalizada.

Desde entonces no habíamos dejado de hablar de lunes a viernes. Los fines de semana no nos era posible y esa era la razón de que hubiera comenzado a odiarlos.

—Todavía alucino y lo sabes. No sé cómo he podido contarte tantas cosas en tan poco tiempo y sin conocerte de absolutamente nada...

—Porque estamos hechos el uno para el otro y tú también lo sabes...

—Pero me siento culpable Mario... Javier no lo merece. Siempre ha sido muy bueno conmigo y todo se le hace poco para nosotros... Trabaja mucho, es solo...

—Es solo que te ha descuidado, Amanda. Si no lo hubiera hecho, yo no tendría cabida en tu vida. Si me estás haciendo hueco en tu corazón es porque ya lo tenías medio vacío...

—Lo hemos hablado antes, la rutina no es buena compañera Mario... Y yo tampoco le puse las cosas fáciles. Trabajaba mucho y me costaba desconectar. Y él lo mismo. Cuando llegaron los niños pillábamos turnos contrarios para poder cuidarlos. Nos veíamos muy poco y siempre estábamos cansados...

—¿Y el sexo?

—El sexo fue decayendo. Se fue esfumando por las grietas de la monotonía y, cuando quisimos darnos cuenta...

—Entiendo, amor. No tienes que darme más explicaciones. Y dime, ¿en qué momento sexual te encuentras ahora mismo?

—Activando el modo "on" ... Esta noche he soñado que lo hacíamos y reconozco que me he despertado muy húmeda y alterada... Es la primera vez en mucho tiempo que tengo unas ganas tremendas de...

—¿De qué, Amanda?

—de tener un asalto sexual de lo más intenso, Mario.

—¿Y tengo yo algo que ver con eso?

—Algo no, tienes todo bandido... Nunca hubiera imaginado un giro tan inesperado y emocionante para mi vida en tan pocos días... Es más, por fin vuelvo a sentirme fuerte y creo que no tardaré mucho en volver a incorporarme al trabajo.

—Eso me alegra y me pone a partes iguales, cariño.

—¿Te pone? La parte de que te alegre la entiendo pero que te ponga...

—¿Tú qué crees? Solo de imaginarte vestida de poli, con las esposas a la cintura dispara mis instintos más salvajes...

—Si no fueras tan estricto con las normas del juego, podrías verme ahora mismo.

—Es una oferta muy tentadora pero hemos hecho un pacto y lo vamos a cumplir hasta el final. Si soy capaz de enamorarte hasta decidir comenzar una nueva vida juntos, tendremos un encuentro cara a cara. Si por alguna razón esto queda en agua de borrajas, preferiré no haberte visto nunca en persona, mi niña.

—Pero Mario, yo soy partidaria de que una no se puede enamorar sin haber visto a la otra persona. Creo que solo puedes enamorarte del conjunto, del interior, del exterior, de cómo huele y de cómo se mueve, así como de todas y cada una de sus imperfecciones...

—¿Tú confías en mí, Amanda?

—Sabes que sí, Mario.

—Pues entonces, date por enamorada...

—¿Y tú, piensas en mí por las noches?

—¿Tú qué crees? Cuento las horas para hablar contigo...

—Este rato de por la mañana se nos va a hacer muy corto, se nos hace ya muy corto, mejor dicho...

—Es complicado. Sabes que es lo único que puedo sacar durante mi jornada laboral. Es el que paso solo en mi despacho antes de empezar la primera clase y luego, por la tarde, coincido con Elsa en casa, no es fácil...

—¿Tú no te sientes culpable por ella, Mario?

—Yo prefiero no pensar...

—Cuéntame alguna anécdota divertida como esa de ayer, por favor...

—¿De esas de cuando era un pieza de joven? Me quedan ya muy lejos, ¿eh? Con el tiempo me reformé, cuando ya tuve novia y tal... Espero que no te asuste por nada de aquello, que tú eres la autoridad y pareces muy formalita...

—Oye, que yo tampoco he sido la madre Teresa de Calcuta, ¡También he hecho alguna que otra! ¿Qué te crees?

—Una tuya por otra mía, venga...

—¿Cuál es la trastada más grande que has hecho en tu vida?

—Me da corte contarlo, yo también tengo mis limitaciones...

—Venga porfi, que sabes que me parto de risa con tus cosas...

—Pues yo creo que la más gorda que hice fue liar me con la madre de un amigo cuando tenía dieciocho años.

—¿En serio?

—Y tan en serio... A ver, que no fue premeditado pero que estaba de muy buen ver... no vayas a creer que me lie con un carcamal...

—Cuenta más, venga, ¡quiero detalles!

—Serás morbosilla, ¡solo si luego me respondes a lo que te pregunte!

—Trato hecho...

—Pues nada, fue una tarde que mi amigo no estaba en su casa, ¡claro, faltaría más! Llegué por equivocación, teníamos que hacer un trabajo y él había salido. Por lo visto tenía partido de fútbol. Total que una cosa llevó a la otra y, en vez de hacer un trabajo, ¡pues nada que hice otro!

—Tú eres un caso...

—Era, era, ¡que ya estoy reformado!

—¿Cuánto de reformado?

—Pues lo suficiente para solo tenerte en mi mente a ti. Me ha dado muy fuerte y no puedo ni

quiero evitarlo. Deseo que todo fluya...

—Yo no puedo prometerte nada Mario, esto me excita y me asusta a partes iguales. Reconozco que me está viniendo fenomenal porque, en el peor de los casos, me estás ayudando mucho y, en el mejor, puedo ganar al hombre de mi vida pero, ¿y tú?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no te preocupes por mí, Amanda? Conozco el riesgo. Esto es un juego fascinante, pero que no deja de ser peligroso. En cualquier caso, si me quemó, es cosa mía...

—No digas eso, Mario. Me afecta.

—¿Te afecta? Me gusta escucharlo...

—Sí y es más...

—¿Es más...?

—Te diría que me duele, pensar que pueda hacerte daño es una idea que no soporto...

—Supongo que he de tomarlo como un cumplido y no imaginas lo que me ilusiona pero no sufras, amor...

—¿Te he dicho ya lo que me gusta escuchar ese “amor”?

—No, no me lo has dicho, pero estás a tiempo, soy todo oídos. Y, por cierto, aprovecho para decirte que también me encantan los mimos.

—Lo sé. Me cuesta más. Lo siento. No quiero que me tomes por una mujer fría. Es solo que la situación me descoloca. Eso sí, ¿me crees si te digo que no hay hora en el día en la que no piense en tí?

—¿Me crees si te digo que no hay palabras que puedan entusiasmarme más que esas? Y por cierto, bonita sonrisa.

—¿Cómo? —Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Mario, ¿me has visto?

—Ya quisiera yo, Amanda. No te he visto, pero me lo acabas de confirmar. Es lo que buscaba. Creo firmemente en eso de que “quien bien te quiere, te hará reír” ...

—Entonces debes quererme mucho porque contigo me parto...

—Por cierto, todavía no me has contado lo que llevas puesto hoy...

—¿Y quién te dice que llevo puesto algo?

—guuuuuu...solo de pensarlo, ¡ardo! ¿En serio? Haz los honores, please...

—Digamos que llevo puesto uno de esos minúsculos tangas negros de los que me dijiste que te pierden y, ¡un complemento más! ¡A ver si lo aciertas!

—¿Un balconete a juego?

—No...

—¿Un corsé?

—Va a ser que tampoco...

—¿Un liguero?...

—Frío, frío...

—Unas medias de esas de red que...

—Más frío, todavía...

—Ok, ok...

—Vuelvo a subir, pues...

—¡Cielos! Uno de esas gargantillas tan seductoras...

—Caliente, caliente...

—No sabes cuánto...Suéltalo ya, anda...Me estoy poniendo a tope...

—Llevo una pequeña corbata finita, de esas negras femeninas... Con el nudo ligeramente

desabrochado y el resto cayendo sobre mis senos desnudos...

—Ponte en el filo de la silla, por favor...

—Ummm, chico travieso...

—Acércate a la pantalla... Puedo sentirte Amanda, es como si percibiera tu olor, notara tu presencia... ¿Qué soñaste? Cuéntame al detalle...

—Pues soñé que estaba tendida boca arriba en una cama con sábanas de satén blanco, totalmente desnuda, con un antifaz negro en los ojos. Tú llegabas y comenzabas a desvestirme lentamente. Cuando le tocó el turno a tu cinturón, escuché la forma en la que se deslizaba por tus presillas y...

—Creo que tengo un caballo al galope en el pecho, cielo. ¿Sabes eso de que hace mucho tiempo que tienes dormidas ciertas sensaciones y de repente...?

—Sé, sé...

—Sigue, por favor, no nos queda mucho tiempo...

—Pues que noté que pasabas la correa entre mis muñecas y, me atabas a los barrotos del cabecero...

—¿Te gustó?

—Me erizó de arriba abajo, Mario...

—¿Y?

—Tan pronto te acercaste y comenzaste a besarme, sentí que me derretía... Mientras lo hacías bajaste tu mano y notaste mi extrema humedad... Tus dedos se deslizaban hacia el interior y ahogaste mis gemidos con más besos. Llevaste mis manos hacia tu miembro y, lo erecto que estaba me encendió todavía más...

—Sigue por favor...

—Al contacto con él y mientras seguías tocándome, noté un intensísimo orgasmo y... me desperté con la certeza de que, pese a ser un sueño, el orgasmo había sido real... Además, créeme que tuve que disimular. Tengo la sospecha de que mis gemidos nocturnos han sido tan reales como el orgasmo, ¡y se han escuchado!

—Jaja, no puedo creerlo. No hago más que meterte en líos...

—No digas eso y, de ser así, ¡vivan los líos! No soy la misma desde que has aparecido...

—Amor, mucho me temo que tengo que comenzar a trabajar.

—Ok, Mario. Mañana más y mejor. Te deseo un buen día.

—Y yo a ti otro, tan precioso como tú...

Mi sensación al dar por finalizada la llamada era la misma todas las mañanas. Me sentía vacía. Aún no llegaba a entender cómo, alguien que había aparecido hacía tan poco tiempo, podía llenarme tanto.

¡Menos mal que tenía trabajo para dar y regalar en casa y eso me mantendría distraída! Había proyectado que ese día terminaría de sacar toda la ropa de invierno de los armarios de los niños, seleccionaría, vería a qué prendas tenía que “darle el pasaporte” y haría un listado con lo que necesitaba cada uno de ellos para ir de compras.

Cristina era la mayor, tenía diez años y era un auténtico torbellino, con una personalidad arrolladora. El pequeñín Pablo, de siete, era mucho más formal y tranquilo y en aquellos momentos exhibía una divertidísima mella.

En cuanto a mí, había cumplido los treinta y cinco y sentía que tenía todavía mucho camino por recorrer. Otra cosa es, de la mano de quién lo hiciera...

La labor de los armarios empezó a agotarme. Eran las doce de la mañana. Faltaban veintiuna

horas para volver a hablar con Mario. Sonreí pensando en las casualidades de la vida.

Aquel nombre me había gustado de siempre, tanto que llegué a dudar en si llamar así a mi hijo, aunque finalmente pesó el gusto de Javier por Pablo, en honor a su escritor favorito, Pablo Coelho.

Allí, con la ropa de los niños en la mano, volví a tomar conciencia de que el tiempo pasaba demasiado deprisa. ¿Sería capaz de abandonar todo lo que hasta ahora había sido mi mundo y salir de eso que llaman “la zona de confort”?

Evidentemente tal decisión no implicaba dejar a los niños pero sabía que Javier lucharía por una custodia compartida. Los adoraba. El temor empezó a apoderarse de mí. Necesitaba un café. Y una llamada de teléfono.

—¡Hola, Paty! ¿Puedes hablar?

Paty era mi mejor amiga desde que nos conocimos, con seis años y estudiamos juntas hasta que yo ingresé en la Academia de Policía y ella en la Escuela de Enfermería. Me conocía a la perfección, igual que yo a ella y, si de algo podíamos presumir, es de que entre nosotras no había secretos.

—Puedo, puedo. Te dije que estaría saliente de guardia pero ya sabes que soy incapaz de descansar cuando llego a casa. Ya me echaré después del almuerzo. Contesta, ¿ha aparecido ya Don Juan? Aunque a juzgar por lo animado de tu voz no tengo ninguna duda...

—Sí, sí, claro. Estuvimos hablando a la hora acordada, como cada día...

—¿Y?...

—Y cada vez más enganchada. No tiene nada que ver con los primeros días, que más que una cita virtual, parecía una terapia. Ahora es... ¡saltan chispas!

—No hace falta que lo jures. Puedo percibirlo en tu voz Mandy (así es como me llamaba cariñosamente), ¿sabes que te estás metiendo en la boca del lobo, verdad? Que yo soy quién para decir nada, ¡menudo referente! Pero tú estás hecha de otra pasta...

—¿De qué pasta, Paty?

—Bueno, digamos (y sin ofender) que en tu vida personal lo más emocionante que has hecho ha sido ganar una partida de parchís...

—¡Yo también te quiero, jodida! Me vas a deprimir...

—No es eso, pero piensa que tu vida es muy convencional. En el fondo siempre te he admirado por eso. La has ido diseñando, como si se tratara de encajar las piezas de un puzle y, ahora que...

—Sigue por favor. Me conoces mejor que yo misma, jaja...

—Pues que ahora que las tienes todas encajadas, estás cogiendo carrerilla para darle una patada. Y me asombra, eso sería más propio de mí...

—¿Y si te dijera que en ese perfecto puzle la pieza que me faltó por incluir fue el oxígeno? Me estoy ahogando Paty, necesito aire fresco y Mario... Bueno él no es como una bocanada de aire frío, es más bien como todo un vendaval y, de hecho, si termino apostando por él, arrasará con todo lo que ha sido mi vida hasta ahora...

—¿Y estás preparada para eso?

—¿En serio me lo preguntas? Sabes que no tengo ni idea. Solo sé que...

—¿Qué sabes, Mandy?

—Que me hace sentir viva y hacía mucho, mucho tiempo que no me sentía así.

—¿Y entonces? Bueno, entonces está Javier, al que quiero mucho, pero a quien miro ya con otros ojos y luego están los niños que...

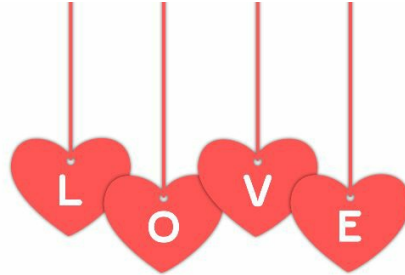
—Y luego está que tienes miedo y te estás escondiendo detrás de todos los que te rodean, Mandy. Por el amor de Dios, mírate, eres una policia condecorada, te has visto en jaranas en las que los demás nos hubiéramos ido por la patilla y ahora...

—Pero esto es distinto, Paty. Sabes que la cuestión de los sentimientos no es mi fuerte y con Javier lo tuve siempre todo muy fácil. Lo estudió para que, cuando quisiera darme cuenta ya estuviéramos saliendo, me pidió casarnos como quien no quiere la cosa... Éramos un equipo... Realmente no sé lo que paso. El caso es que ya lo veo como historia...

—Pues te digo yo lo que pasó, Mandy. Es muy sencillo: que cuando la rutina entró por la puerta, el amor saltó por la ventana. Te lo advertí, a los treinta parecíais una pareja de cincuenta, ¡Solo os faltó un viajecito del INSERSO! Y ahora Mario ha venido a recordarte que estás viva y tú, quieres recuperar el tiempo perdido...

Nos despedimos con la promesa de pasarle “el parte del día” a la mañana siguiente. Volví a mis cosas mientras puse a Dani Martín de fondo con su “Que bonita la vida” y, a la par que canturreaba, solo pensaba en una cosa: cada minuto que pasaba quedaba menos para volver a hablar con mi misterioso Mario.

Capítulo 2



Mañana de martes y el mismo festival de idas y venidas matutinas de todos los días. Desayunos, carreras, que “te dejas esto por aquí”, que “me he olvidado lo otro por allá” ...

—¿Te paso algo, Amanda? —preguntó Javier.

—Nada, ¿por...?

—Porque has mirado el reloj tres veces en diez minutos, como si estuvieses nerviosa y te recuerdo que tienes toda la mañana para hacer lo que te venga en gana. No tienes nada por lo que correr... ¡Me cambiaría por ti unos días!

—Ah, pues debe ser para confirmar que no se os hace tarde. Obviamente, no tengo prisa, ni espero nada... (En el fondo me sentí un poco miserable cuando escuché aquellas palabras salir de mis labios).

—Te veo a la hora de comer. Oye, ¿y si hacemos hoy algo distinto? Sé que solo dispongo de dos horas, pero podríamos airearnos un poco y salir a almorzar fuera. No hace falta ni que te arregles demasiado si no te apetece... Te propongo un picnic en un parque.

—¿Un picnic en un parque?

—¡Vaya cara que has puesto! Ni que te hubiera propuesto ir a un funeral. He escuchado ideas peores. Es más... A ti te encantaba cuando lo veías en “Pretty Woman”. De acuerdo que yo no soy Richard Gere, pero la intención es lo que cuenta...

—No es eso bobo, te lo agradezco. Lo posponemos para otro día. Es solo que tengo mucho que organizar aquí y...

—Como tú digas. Si cambias de opinión dame un toque al teléfono o envíame un WhatsApp...

No podía creerlo, ¿De verdad iba a pasar esto ahora? Cuando por fin estaba intentando reunir fuerzas para tomar la decisión más importante de mi vida, ¿Javier iba a activar el modo “reconquista”?

Eso me pondría las cosas más difíciles. Necesitaba mirar mi matrimonio con frialdad y pensar en aquellos últimos meses de silencios, reproches y distancia afectiva y sexual... Por fin salieron todos de casa y llegó la hora “H”.

—Buenos días, preciosa, ¿cómo estás hoy?

—Ansiosa por hablar contigo...

—¿Sabes lo que más me gusta de esta relación?

—¿Qué?

—Que no hay estrategias ni escudos... Vamos a pecho descubierto...

—Pues menos mal... — reí.

Mi risa debió resultarle contagiosa porque en un periquete los dos estábamos carcajeando, sin poder articular palabra...

—¿Menos mal, por qué?

—¿Tengo que contártelo? No sé dónde trabajas ni dónde vives, ignoro cuáles son tus facciones y tenemos reglas por doquier. Esto es un juego, peligroso y sugerente, pero un juego, a fin de cuentas...

—No te falta razón, pero un juego que puede hacerse realidad con una sola decisión tuya. Además, otra cosa te digo, hay muchas parejas que pasan todo el día juntos desde el principio o que se acuestan la primera noche y, sin embargo, guardan mil secretos...

Inician una relación sucia y con reservas. Esta es transparente. No conoceremos nuestra identidad, pero desnudamos el alma desde el primer instante que empezamos hablar y, cada vez ahondamos más en los secretos del otro...

—Visto así... Y oye, ¿nos has llamado “pareja”?

—Cierto, si quieres lo retiro pero te advierto que ha sido toda una declaración de intenciones...

—Que a mí me ha gustado mucho, dicho sea de paso...

—Ayer no te saqué el tema porque era lunes y, con todos alrededor durante el fin de semana, es posible que te costara más intentar aclarar tus ideas... pero cada hora pienso más en hacia qué lado se está inclinando tu balanza.

—Así es, no pude pensar demasiado y, hablando de “todos” ... tú has reparado en que esto es un “pack” completo, ¿verdad? Un pack de tres, como esas latitas de anchoas que van juntas y no puedes separar para pasar por caja...

—Me gustan las anchoas...

—¿Y los packs?

—Si algo te gusta, por triplicado es todavía mucho mejor. No me asustan los niños, si es lo que quieres saber. A no ser que muerdan, pero no es el caso, ¿no?

—Bueno, yo de ti, me iría poniendo la vacuna de la rabia, por si acaso —solté.

De nuevas risas y risas, contagiosas e interminables y el deseo de todas las mañanas: que las manillas no avanzaran.

—Es más, apuesto contigo lo que quieras a que me haría con tus hijos en menos de lo que canta un gallo...

—Espero que no fuera con regalos y demás. Odio a las personas que intentan comprar a los niños...

—No insultes mi inteligencia, por favor, pequeña... ¿O es que crees que no tengo encantos suficientes para hacerme con esos pequeños mequetrefes?

—Oye, para el carro, ¡que con ellos solo me meto yo!

Nuevas risas, a las que siguió un silencio que me hizo acertar el tipo de pregunta que venía después...

—¿Y esta noche? ¿Has vuelto a soñar conmigo?

—Lo siento mucho, esta noche puse el modo avión y desconecté... pero...

—Muerdo por escuchar ese pero...

—Ya estaba pensando en ti cuando me desperté y me metí en la ducha...

—¿Y?...

—Y digamos que he tenido que poner el agua fresquita, pese a ser otoño...

—No sabes cuánto me pone escuchar eso...

—¿Qué llevas puesto hoy?

—Pues hoy he cambiado el tercio y llevo un culotte verde militar de lo más casual...

—Pues sí que debe serlo porque por “casualidad” acabas de provocarme una erección, ¡brutal! ¿Podrías acercarte de espaldas a la pantalla?

—¿Cualquiera diría que tienes instalada una cámara oculta!

—No sería yo quien osara espiar a la autoridad...es solo que te siento más cerca cuando sé que la estás rozando...

—¿Eres tú muy fetichista no?

—Hasta la médula...Guau...Te imagino aquí, de pie delante de mi mesa, solo con ese culotte y tumbando tu pecho sobre ella...Yo me coloco detrás de ti, agachado, echándolo hacia el lado para lamerte y, tras saborearte, comienzo a meterte uno tras uno, varios dedos....

—Ummm...

—Justo eso sería lo que me gustaría escuchar mientras te penetro con ellos antes de sacar mi pene para darte la vuelta con el objetivo de que me devuelvas el favor antes de embestirte...

—¿Y cómo te gustaría que lo hiciera exactamente?

—Pues con lentitud y con ese empeño que no tenga duda en que le pondrías, amor y sobre todo con una condición que saca mi lado más salvaje: aguantándome la mirada.

—Eso por supuesto, una cosa te voy a decir Mario: jamás me achantaría en la cama porque, aunque me gusta la sensación de sentirme dominada en muchos momentos, también me encanta llevar las riendas del asunto en otras y, créeme si te digo que, cuando vaya a lamerte, sentiré una embriagadora sensación de poder...

—Quítate las bragas Amanda...

—¿Cómo?

—Quítatelas por favor...

—Ahora, apártate lo suficiente de la pantalla para ponerte cómoda, y tócate para mí mientras te voy contando cómo seguiría este ardiente asalto sexual... Mientras no escribas nada, por favor... Solo un fin cuando hayas tocado el cielo...

—No debieron pasar ni dos minutos. La intensidad con la que Mario empezó a describir el resto de nuestro particular relato de cama encendió todos mis sentidos, con la piel erizada y el corazón desbocado, noté un intenso orgasmo que ahogué introduciendo mis dedos hasta el fondo...

—Fin —puse en la pantalla.

—No puedo imaginar un final mejor, ni más emocionante Amanda. Estoy enganchado a ti, a tu sensibilidad, a tus sentimientos y a tu sexo... Me estoy enamorando y te prometo que haré todo lo que esté en mis manos porque caigas en mis brazos y, espero que seas consciente de que esto no tiene nada que ver con la cama, eso solo es la guinda de un dulce pastel: la historia de amor que deseo vivir contigo.

Seguimos hablando unos diez minutos más y pronto, como me temía, llegó el momento de la despedida...

—¿Sabes aquello de cuando acabas de echar un polvazo y lo último que deseas es que la otra persona se vaya, en vez de quedarse a dormir? —dije.

—Sí...

—Pues eso me pasa a mí ahora. Y ni siquiera me queda la opción de echar un pití. Ya te conté

que lo dejé hace seis meses...

—¡Ni que yo me entere! Mente sana en cuerpo sano, cariño... Cuando vivamos juntos, saldremos a hacer *running* todos los días....

—¿Estás muy seguro, no? “Cuando vivamos juntos” dices, no “Si alguna vez vivimos juntos”

...

—Nos pasa a los dos, solo que yo lo hago a propósito y lo disfruto antes, durante y después y tú lo haces sin darte cuenta... Te lo demuestro cuando quieras, baby...

—¿Y eso?

—Pues muy sencillo. Hace unos instantes, mientras estábamos fantaseando, dijiste “Cuando vaya a lamerte” no “Si fuera a lamerte” ...

—Eso se llama meter un gol por toda la escuadra, me quito el sombrero...

—Desde ahora te lo advierto, “o la gano o la empato” y, lo de perder no va conmigo... ¿Pensarás en lo nuestro? Ardo en deseos de saber...

—Mario, no puedes presionarme. Estoy muy a gusto contigo pero llevamos hablando pocas semanas...

—¿Y no han sido las semanas más emocionantes de tu vida?

—¿Sabes que, de haber sido poli, te vería como un negociador nato? Pareces tenerlo todo controlado y tu seguridad me abrumea...

—No tengo nada que perder, Amanda. Si no lo consigo, continúo con mi vida pero, si la suerte me da la mano, me llevo a una increíble compañera de aventuras. Es un privilegio poder ser candidato a enamorarte. Pase lo que pase, que nos quiten lo bailao, ¿no te parece?

—Y hablando de todo, ¿te gusta bailar? —pregunté.

—Me encanta, el caso es que hace tiempo que no...

—Pues entonces igual que nosotros... antes bailábamos a menudo pero... hace años que dimos carpetazo a esa cuestión, sin pretenderlo...

—¿Te puedo pedir un favor, cielo?

—Sí, sí, lo que quieras...

—Pues entonces no hables de “nosotros” como Javier y tú. Que yo sepa, en este momento, el “nosotros” somos tú y yo...

—Tienes toda la razón. Discúlpame, no volverá a pasar cariño...

Se hizo un silencio. No sé cuál de los dos se quedó más sorprendido con aquel “cariño” que por primera vez me había salido de los labios...

—¿Sabes una cosa, bonita?

—No, dime —contesté algo ruborizada y pensando que era una suerte que no pudiera ver la repentina rojez de mis mejillas.

—Acabas de provocar que me salga una sonrisa de oreja a oreja que nada ni nadie va a poder borrar en todo el día.

—Me alegra saberlo.

—Amor, mucho me temo que tengo que comenzar a trabajar.

—Ok, cariño (y esta vez sí que lo dije aposta). Mañana más y mejor. Te deseo un buen día.

—Y yo a ti otro, tan precioso como tú...

Al colgar el teléfono pensé que no era solo Mario quien debía estar sonriendo como un quinceañero. Me encontraba de tan buen humor que deseaba poner un pie en la calle.

Pillaría las bolsas de ropa de los niños que había desechado el día anterior y las llevaría a la ONG de mi amiga Carolina. Si algo tenían allí es que igual servían para un roto que para un

descosido... Lo mismo estaban organizando una misión para pasar varios días en el Sáhara con idea de ayudar a reformar una escuela, que repartían ropa en su barrio a las personas más desfavorecidas...

—¡Carol! Dichosos los ojos....

—Eso dijo yo, ¡que no hay quien leche te vea por ninguna parte! Creí que te habría tragado la tierra o te habías metido en un botijo o algo...La madre que te parió, ¡menos mal que me dijiste que te ibas a pasar algunos días a echar una mano!

—Sorry. He estado un poco aislada, pero eso ya se acabó. Te prometo que vendré un par de veces por semana hasta que comience a trabajar, Aunque también te digo que no creo que tarde mucho...

—¿Qué escuchan mis oídos? Eso es como música celestial, ¿entiendo que significa que...?

—Justo lo que estás pensando, que ya pasó la tormenta...

—Va a ser cierto eso que dicen de que “no hay mal que cien años dure” ...

—Exacto, “ni cuerpo que lo resista” ... Y este cuerpo vuelve a tener ganas de acción...

—¡Esa es mi pequeña!

Con frecuencia Carol me llamaba cariñosamente así. La conocí en la Academia de Policía pero ella finalmente no logró plaza. Se hizo trabajadora social y, cuando no tenía turno en el centro cívico en el que trabajaba, estaba en la ONG, cuya sede era su segunda casa.

—Lo de pequeña venía porque, aunque no soy especialmente baja, al lado de su 1,80 cualquiera lo parecía. Además, Carol siempre había sentido predilección por mí. Paty decía que de predilección nada, que estaba enamorada hasta las trancas. Sabía desde que la conocí que Carol era lesbiana, pero no más. Hasta ahí podía leer...

—¡Esto se merece unas cañas y unas tapas y no acepto un no por repuesta! —dijo.

—No pensaba oponerme. Me parece un plan formidable...

—La buena temperatura del mediodía, con un sol resplandeciente como responsable, invitaba a sentarse en una terracita y olvidarse del mundanal ruido.

—Te veo espléndida amiga. No sabes lo que me alegra...

—Sí, sí lo sé...Oye, pero me da a mí que no soy la única que ve la vida con menor color... ¿Y esa cara de felicidad? Aquí hay alguien que tiene algo que contar y ya está tardando en hacerlo — dije.

—¡Muy aguda! Ya sabía yo que la policía no es tonta. Es más, me juego lo que quieras a que sois capaces de ver una colilla y saber que alguien ha fumado...

—Eres más tontuela, anda, desembucha, que estoy loca por saber...

—Pues nada, no puedo resistirme. Antes de que me tortures lo voy a soltar yo...

—Venga, que lo estás deseando, y yo más...

—Pues nada, es una chica francesa que conocí la última vez que fuimos al Sáhara. Iba en calidad de intérprete y la verdad es que lo hizo muy bien, porque supo “interpretar” enseguida que yo quería tema...

Perdí la noción del tiempo. De tan buen humor como estábamos, sin la presión de los horarios de trabajo, con la tranquilidad de que los niños almorzaban en el comedor y con mis renovadas ansias de vida, pensé en cualquier cosa menos en Javier...

—¿Amanda, dónde estás? —creí que habíamos quedado para comer, dijo, cuando descolgó el teléfono.

No quería ni pensarlo.... Javier era un buen tipo pero estas cosas siempre le habían fastidiado. En su extrema formalidad, para él era poco menos que una ofensa que olvidara cualquier cosa que

hubiéramos concertado y yo, desde luego no estaba para gaitas...

—Javier, por favor, espero que no hagas un mundo de esto. Simplemente me he olvidado, estoy con Carol y...

Y ahora sí que la había fastidiado. Desde que una Nochevieja, con una borrachera como un piano, Paty le dijo que Carol estaba enamorada de mí, Javier le tenía un poco de ojeriza.

—No pasa nada, disfruta del rato con tu amiga. Te vendrá bien una charla de chicas. Quédate a almorzar con ella. Yo me preparo cualquier cosa y me echo media hora antes de volver a la oficina. En cuanto al plan que te propuse, piénsalo, podríamos hacerlo otro día.

—Ok, gracias. Nos vemos esta noche entonces.

Si me pinchan, no me sacan ni una gota de sangre. ¿Me habrían cambiado el marido y no me había dado cuenta? Y el mismo pensamiento de esa mañana volvió a asaltarme. Eso no me convenía. Necesitaba poner distancia. Mario iba ganando puestos y, si llegaba el momento, no quería dejara a Javier con cara de cordero degollado.

—¿Te pasa algo, pequeña? Parece que has visto un fantasma —dijo Carol, sacándome de mis pensamientos.

—No es solo que me he quedado un poco “pillada”.

—¿Se ha molestado Javier porque no estuvieras a tiempo para comer con él?

—No, no, todo lo contrario...

—Pues chica, mucho mejor así. ¡Camarero dos cañas más, por favor!

Llegué a las cinco de la tarde con las pilas a tope. El autobús de los niños no tardaría en aparecer y la casa volvería a ser un festival de carreras, música alta, juegos y bailes... Recuperé el gusto por aquella situación que siempre me encantó y que, por el contrario, en los últimos meses me estaba superando...

—¡Te lo dije, mami! ¡El examen me salió fenomenal! ¡He sacado un 9! —gritó Pablo al entrar.

—¡Y yo otro! Bueno, lo único que el mío tiene dada la vuelta no como el del listillo este... —añadió Cristina.

—Ya me extrañaba, hija.

—No te quejes mami, un 6 está fenomenal...

—Si emplearas la mitad de tiempo que dedicas a darme coba en estudiar, te harías astronauta por lo menos...

—Sí, pero entonces perdería parte de mi encanto innato —me espetó, al mismo tiempo que me daba una beso y salía corriendo a poner música a toda pastilla en su habitación...

Mientras miraba a mi alrededor una pregunta me reconcomía, ¿cómo les afectaría si decidía dar un nuevo rumbo a mi vida o mejor dicho, a nuestra vida?

Capítulo 3



Necesitaba desahogarme. La noche anterior no lo había pasado nada bien y, por primera vez en mi vida, en vez de afrontar los problemas de cara, estaba haciendo aquello que tantas veces había criticado en otros....

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo te has despertado?

—Buenos días, ¡con unas ganas locas de comerte! —solté, sin anestesia.

—Debo ser el tipo más afortunado del mundo pero me sorprende, ¡mucho! No estoy acostumbrado a tanta efusividad inicial... ¿Tienes algo que contarme?

No era la primera vez que me percataba de que Mario tenía una psicología excepcional y, conmigo, la sacaba a dar una vuelta cada mañana...

—Es solo que... ¡Olvídalo! ¡Quiero pasarlo bien contigo! No quiero agobiarte ni aburrirte con mis problemas...

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, amor? No me agobias, deseo conocerte, de verdad. Si quisiera alguien solo para sexo y fiesta, la buscaría en una discoteca, por la noche... ¿Y te parece que yo tenga ya pinta de darle al “chumba-chumba” ese musical que te vuelve medio majara?

Nos echamos a reír y me relajé. Antes de que me quisiera dar cuenta, le había abierto de nuevo mi corazón y le estaba contando hasta la última de mis sensaciones.

Le hablé del repentino cambio de Javier y del sentimiento tan encontrado que eso me creaba. Le dije que, en aquellos momentos prefería ya tenerlo como enemigo, por si llegaba la hora...

—No quiero ser descortés y me apena que no hayas pasado buena noche pero, por la parte que me toca, ¡estoy dando saltos de alegría! Eso significa que, al menos, te planteas la posibilidad de darnos una oportunidad...

—Podrías ponerme las cosas más fáciles, Mario. Veámonos, aunque solo sean unos minutos, en una cafetería... Reconoce que esto no es habitual, nunca he escuchado nada igual, me estoy enamorando, ¿de qué?, ¿es real la imagen que me estoy haciendo de ti?

—Los dos aceptamos las reglas cariño. No me pongas en esa tesitura...

—Es que hay más. Ayer olvidé que había quedado para comer con Javier y...

—¿Y se enfadó?

—No, justo todo lo contrario. Eso es lo que de verdad me desconcierta, que ha cambiado de actitud...

—¿No crearás que pueda sospechar algo de lo nuestro, verdad? Si le asaltaran los celos y el

pánico, sería normal que cambiara de actitud y buscara un acercamiento... La verdad es que ahora voy a ser yo el que empiece a temer...

—Pues no tienes ningún motivo para ello. Es más, Te contaré algo, aunque a decir verdad me cueste hablar de ciertos temas contigo...

—Pero Amanda, si nos hemos contado de todo y...

—Bueno, en realidad tú solo me cuentas anécdotas de joven, me hablas de tus gustos, de tus ilusiones, pero poco de tu día a día...

—Eso es porque mi día a día ahora no me gusta mucho, pero presiento que eso va a cambiar pronto... Cuéntame por qué puedo estar tranquilo, anda, que no veas si me intriga...

—Bueno, pues porque Javier anoche quería tema y yo es que ya, sencillamente no puedo, además...

—¿Además, qué?

—Pues que pensaba en ti, cariño y en lo que me gustaría que nos midiéramos en la cama, que nos hiciéramos vibrar hasta la extenuación y disfrutar de esta química tan bestial que se palpa en el ambiente...

—Vamos, lo que viene siendo aquello de una increíble tensión sexual no resuelta...

—Eso, pues pensaba en lo mucho que me gustaría resolverla...

Volvimos a reír como dos niños mientras seguía escribiendo.

—Si te soy sincera, llevo solo unos días hablando contigo y me he atrevido a confesarte hasta la más recóndita de mis fantasías...

—¿Con él nunca hablabas de sexo? ¿Ni siquiera cuando las cosas iban bien?

—No, Javier es muy cuadrado y quizás...

—¿Quizás, qué?

—Pues simplemente que quizás yo también lo era... Pero contigo todo ha sido distinto, has sacado una parte de mí que ni siquiera yo conocía y ahora muero por poner experimentar todas esas posturas y situaciones que hemos descrito...Sinceramente no podría imaginar a Javier en ese rol...

—Entonces, ¿en cuál lo imaginas?

—Pues en del poco atractivo pijama de bibliotecario y un polvo regularas a la semana. A lo sumo dos, cuando estábamos menos liados...

—El colmo del erotismo...

—¿Y tú con Elsa?

— En mi caso poco que contar también, está todo bastante muerto, pero tú tienes más necesidad de hablar y no tenemos demasiado tiempo... Prefiero cederte la palabra...

—Hagamos un trato, mejor cédeme el control...

—Ummmmmmmmmmmm, no hace falta decirte que mi hermano el de ahí abajo se ha puesto más caliente que el cenicero de un bingo...

—Vale, pues te doy la réplica. Ahí llevo yo, con mi uniforme de poli, enfundada en mis pantalones y más prieta que los tornillos de un submarino (que a mí a frasecitas no me vas a ganar...)

—Joder...solo de pensarlo... mi herramienta acaba de adquirir vida propia...

—De eso se trata... tras un cacheo, veo que estás limpio y observo la forma en la que me miras...

—Te digo que ya puedes darte la vuelta y que subas al coche... Eso sí, tengo que acompañarte para hacer unas comprobaciones rutinarias...Antes de que arranques, me equivoco de “palanca”

...

—Pero, ¿no iba a conducir yo?

—Cállate, que aquí el control lo tengo yo y además te interesa... Reclinamos la silla al máximo y te tumbas boca arriba... En ese momento ya no hay ni rastro de mis pantalones... Al alcance de tu boca solo queda mi sexo desnudo y, ante tus ojos, mi culo, duro como una roca... Me he puesto de espaldas a ti y me voy moviendo con la cadencia de tu lengua... Un último roce con mi clítoris y...

—¡Y maldita sea!

—¿Cómo?

—No entro a primera hora pero me reclaman. Debe haber algún problema en las aulas... Lo siento cariño, siento de veras... ¡Y cielos! No me puedo ni mover, parece que me he tragado tres viagras...

Y no era el único que se había quedado a medias...

—Amor, mucho me temo que tengo que comenzar (y hoy precipitadamente) a trabajar.

—Ok, cariño. Mañana más y mejor. Te deseo un buen día.

—Y yo a ti otro, tan precioso como tú...

Necesitaba una ducha fría. A este paso, iba a pillar una pulmonía. Recordé las palabras de la terapeuta que me trató tras coger la baja. "¿Te tocas alguna vez?" me preguntó y yo le respondí "No, tengo pareja desde...", "¿Y...?"

Decidí hacerle caso y me masturbé en la ducha, pensando en Mario. Algo más que contarle al día siguiente. Dios, acabábamos de colgar y ya estaba pensando en él de nuevo. Aquello no debía ser sano... ¿O sí?

—¡Hola, Paty!

—¡Hola, gamberra! Conozco a alguien que ayer se quedó esperando que otro "alguien" le diera noticias frescas, pero se ve que las buenas costumbres se pierden...

—Sorry... Es que fui a ver a Carol y perdí un poco el sentido...

—Entonces es cierto, no es una leyenda urbana... ¿El sexo entre chicas es mejor?

—¡Serás loca! ¿De qué diantres estás hablando?

—Pues de que algo muy bueno te tuvo que pasar para dejarme en ascuas y, teniendo en cuenta los ojillos con los que te mira...

—Tira ya para la ducha y despéjate anda... Voy a organizar un par de horas la casa y nos vemos para un pisolabis en un rato, ¿te hace? Además, el lunes es mi cumpleaños y es día de fiesta, ya lo sabes y tendremos que organizar algo... Me tienes que ayudar.

Su reacción me dejó un poco "paty-difusa" porque ella, que siempre estaba ávida de fiesta no pareció demasiado emocionada con la idea...

—¿Qué te pasa, locuelilla? Has mirado ya tres veces el móvil desde que nos hemos sentado y tú presumes de ser de las pocas personas que nunca lo sacan en reunión— le dije, una vez acomodadas en la mesa del bar...

—Discúlpame Mandy, estoy un poco alterada estos días. Debe ser el exceso de trabajo, mucha presión con el cambio de jefa, que ya te expliqué es un hueso duro de roer y poco descanso... Cuéntame por favor, conociéndote, tu cabeza debe ser un hervidero ahora mismo...

—No lo sabes tú bien...

—Me juego una cena a que has hecho un listado de esos tuyos, de pros y contras, con las dos situaciones: quedarte con tu vida organizada y aburrida pero segura al lado de Javier o lanzarte a los brazos de Mario, presta a la aventura, con el corazón a mil por hora, pero sin saber lo que te

deparará el destino...

—Paty, la vida es una encrucijada a veces, ¿no te parece?

—No, Mandy. Bajo mi punto de vista es una partida de póker. La suerte influye, pero tienes que saber cómo jugar tus cartas y, siempre, siempre, tener un as debajo de la manga...

—Tengo miedo Paty...

—Mandy, tienes derecho a tener una segunda oportunidad. Y es más, te voy a hablar con total sinceridad: Javier también tiene derecho a lo mismo. Si tú ya no lo miras como al hombre del que te enamoraste, sino como al compañero que te hace la vida fácil, igual ha llegado el momento de que os deis carta de libertad... ¡Y tan amigos!

—Pero no es tan fácil. Además, están los niños...

—Es cierto, ¿ves? Ahí me has pillado. Esa parte es más complicada. Al fin y al cabo van a ser los únicos hijos de divorciados de España. Bien mirado, es una auténtica putada. Los vais a estigmatizar —añadió guiñándome un ojo y con toda la ironía que la caracterizaba.

—Es que Mario me pone mucho, Paty... No te imaginas. Todos los días después de hablar un poco, terminamos teniendo algo de sexo, o como mierda se pueda llamar a las palabras vertidas y los tocamientos realizados con una pantalla de por medio...

—Tú estás coladita, hacía mucho tiempo que no veía esa sonrisa. Desembucha, ¿qué tiene don misterioso que tanto te engancha?

—Pues tiene justo, la frescura que le falta a Javier... No vive pendiente del reloj, ni de las obligaciones. Me ha prometido que no ordena las camisas por colores y parece ser que no le importa si un día hay un error en las bolsas del reciclado —dije con tono sarcástico. Y aparte, habla de sexo con tanta frescura, desinhibición y pasión que me empuja a hacer lo mismo y saca de mí instintos que no conocía... ¡Si hasta estoy teniendo sueños húmedos noche sí y noche no!

—¡Oh là là Mandy! Sueña a historia de amor de esas que acaba con luna de miel romántica y foto de pareja ante la torre Eiffel...

—Tú tienes muchas ganas de guasa y yo estoy muy animada pero también aterrada...

—Yo lo estoy viviendo como hay que hacerlo, Paty, toma las cosas con naturalidad, no te fustigues, "*Carpe diem*" ... Escupe de verdad lo que sientes y vamos a analizarlo...

—Pues siento fascinación hacia lo mío con Mario, porque ha venido a darme la chispa que me faltaba y estoy colgadísima de esta historia. De hecho, ha sido él quien me ha sacado de este pozo.... pero, por otra parte...

—¿Por otra parte, qué?

—Pues que siento que estoy traicionando a Javier que siempre ha sido un puntal esencial en mi vida y yo lo he querido con locura, tú mejor que nadie lo sabes, lo que pasa es que la rutina...

—Os ha superado... Suelen pasar, no te atormentes... Y si tuvieras una varita mágica y pudieras amoldar la situación a tu gusto... ¿Qué harías?

—Pues me quedaría con los dos y tendría la seguridad y la paz que me da Javier por un lado y un león en la cama, Mario...

—¿Te has dado cuenta de que te has mordido el labio nada más pensarlo, no? Si quieres te voy dando el teléfono de mi abogado porque tú acabas con él de cabeza...

—Pero Paty, es que muero por estar con Mario y con vivir la vida desde sus ojos, todo entusiasmo, buen rollo y sexo salvaje, pero tampoco me imagino diciéndole adiós definitivamente a Javier, con el que siempre he compartido todo...

—Pues tendrás que elegir y, una cosa te digo, si no eres capaz de volver a ver a Javier con los ojos de antes, vas a ser una desgraciada total el resto de tu vida y Mario no te va a esperar

eternamente...

—Ya lo sé y me descompongo pensar en levantarme y no tener mi momento con él...No quiero perderle. Estoy siendo una egoísta...

—No. Estás tanteando la situación pero al final me da a mí que vas a tener que sacar tus ovarios y soltarte la melena... Vivir la vida hasta las últimas consecuencias con él y dejar que “salga el sol por Antequera”. Si Javier te quiere de verdad (y me consta que así es) no te va a amargar la vida, por mucho que le duela... Y al final, también rehará la suya, como todo hijo de vecino...

Mario por aquí y Mario por allá, cuando me quise dar cuenta era la hora de irme y no habíamos dicho ni “mu” de la celebración de mi cumpleaños, ¡Y solo quedaban unos días! Desde luego se me estaba yendo un poco la pinza porque, de camino a casa, en lo único que pensaba era en Mario y en la escenita erótica que volveríamos a montar al día siguiente.

—Menos mal que has llegado, tenía ganas de verte —me dijo Javier cuando aterricé en casa, unos minutos más tarde que él...

—¿Cómo?

—Que tenía ganas de verte, Amanda, ¿no puede tener uno ganas de ver a su mujer?

—Puede, puede, lo que pasa es que me sorprende, hace mucho que no...

—Hace mucho que no “usamos” ganas de nada, ¿verdad? La vida a veces es un poco trampa pero sabes que te quiero y siempre te he querido “fea”, me dijo, usando una expresión que hacía bastante tiempo que no le escuchaba y que siempre había soltado en los momentos que estaba más cariñoso...

Si algo se me da bien, eso es escaquearme cuando me interesa, así que antes de que comenzara una conversación que me confundiera todavía más, traté de evitarla a la velocidad del rayo...

—Parece que Cristina está más centrada en el cole este año, ¿no te parece? —pregunté, dándole esquinazo...

—Sí, eso parece, esperamos que siga la racha, que esta hija nuestra es un poco “culo de mal sientto” y le cuesta...

—En cambio Pablo está hecho un hacha en matemáticas, ha sacado tu misma cabeza para los números y la de tu padre...

—No me hables... la lata que me dio durante años para que opositara a una plaza en su banco, ¡y la idea me daba pavor!

—Hiciste bien en no hacerle caso y te decantaste por tu pasión, Javier, el marketing siempre ha sido tu vida, luchaste por tus sueños...

—Sí, bueno lo hemos hablado siempre, uno tiene que perseguir sus sueños o darse por perdido...

Aquella última palabra empezaba a retumbar en mi palabra: “perdido, perdido...” Así me sentía yo... Totalmente perdida e incapaz de tomar una decisión... ¿Por qué no podría el universo mandarme una señal que me pusiera las cosas más fáciles?

—Amanda, tengo que comentarte una cosa y me da algo de apuro...

—Dime, no te preocupes, los apuros entre nosotros sobran dije, sin demasiado entusiasmo...

—Verás, estoy en plena campaña publicitaria y, la de estas Navidades, debido a los recortes de personal en la empresa está siendo especialmente dura...

—¿No querrás que te ayude, no? —dije quitando algo de hierro al asunto— No me veo capacitada para crear un slogan de esos que te salen a ti como si tal cosa (en el fondo nunca había dejado de admirarle).

—Jaja, gracias por la parte que me toca. No es eso. Es simplemente que estoy demasiado liado y que sé que el lunes es tu cumpleaños, pero mucho me temo que tendremos que posponer la celebración...

Pese a la distancia de los últimos meses, aquello me cayó como un jarro de agua fría. Entonces, ¿su acercamiento del último par de días era solo porque me iba a dejar tirada como una colilla el día de mi cumpleaños? Y yo, como una imbécil, sintiéndome mal y pensando que quizás me estaba equivocando...

—Ni te preocupes —dije, como si no fuera la cosa conmigo. No quería darle la satisfacción de que me viera dolida.

—Yo tendré que trabajar en casa pero, por favor, haz ese día algo con los niños. Podéis ir de compras, necesitan renovar vestuario y tú también podrías comprar un vestido precioso para salir a cenar una noche en cuanto esté más libre...

—No te preocupes que así lo haré —sonreí, haciendo todo un ejercicio de hipocresía.

Cuando salió por la puerta caí en el sofá y me agarré a mi almohada de pensar, ¿qué me pasaba? No quería que se acercara para que no me hiciera dudar de lo mío con Mario y, sin embargo, me había escocido que no me atendiera como es debido en mi cumpleaños. Por primera vez en mi vida me estaba portando como una niña caprichosa...

Me lo quité rápido de la cabeza. Cerré los ojos y pensé que en realidad, de poder elegir, lo único que querría como regalo de cumpleaños era una cita con Mario. Un encuentro apasionado en el diéramos rienda suelta a nuestros más salvajes deseos...

Noté humedecerse mis bragas y mi ceño se frunció pensando en que, de haber tenido un consolador, hubiera jugado un ratito con él y mañana se lo hubiera contado a mi chico. ¿Había pensado “mi chico”? Mucho me temía que sí. Me eché a reír. Si aquello era una locura, yo no quería volver a estar cuerda...

Estaba en esas cuando llegó un WhatsApp de Javier: “Amanda, siento lo de tu cumple. Te prometo que te compensaré”. Le respondí con un escueto “Ok”. Parecía sincero y en el fondo me conmovió pero me interesaba más pensar en que era una sucia maniobra rastrea para sentirse mejor... Yo, a lo mío...

Una nueva interrupción. Sonó el timbre.

—¿Amanda Cereceda? —dijo el chico que traía el paquete.

—Sí, soy yo.

—Un paquete para usted. Firme aquí, por favor.

—Pero, yo no he pedido nada...

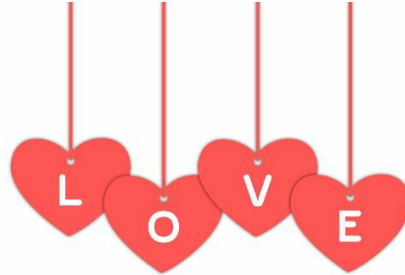
—Pues es para usted, no hay duda....

Entré intrigada, con aquella pequeña cajita entre las manos y una intuición que no falló: el destinatario debía ser Mario. No había ningún dato suyo pero sí una nota dentro del paquete... “Son para disfrutarlas juntos, aunque sea a distancia. Es el primero de tus regalos de cumpleaños. Eso sí, mañana quiero que te las pongas junto cuando te levantes, de modo que ellas y tú ya os llevéis bien cuando empiece el juego...”

Eran unas bolas chinas de esas con control remoto por Wi-Fi que funcionan aunque el mando esté a varios kilómetros...

¡Menuda diferencia! ¿Sería esa la señal que le había pedido al destino? Mario ya estaba pensando en cómo sorprenderme en mi cumple y Javier lo que iba a tener ese día eran montones y montones de trabajo...

Capítulo 4



Cuando sonó el despertador yo ya tenía los ojos como platos. Lo primero que hice fue ir al baño y, en la intimidad, colocarme aquellas bolas en una cavidad que ya pedía guerra a aquella hora de la mañana... Mientras me las colocaba pensaba en cómo sería, intentaba hacer una fotografía mental de su cara, sus brazos, su torso, su...

—¡Mamá, no encuentro las zapatillas de ballet y hoy tenemos ensayo al mediodía!

—Menuda novedad, cariño, ¿cuándo encontrarás tú algo?

—Cuando sea madre, supongo —dijo Cristina, guiñándome un ojo.

—¿A quién había salido esa niña? Si no se pareciera físicamente a Javier pensaría que nos la habían cambiado en el hospital porque aquella gracia y desparpajo suyos...

Esa mañana tuve algo más de cuidado para que no se me notara el ansia, de modo que cuando miraba el reloj, lo hacía con el rabillo del ojo...

Algo llamó mi atención mientras Javier se tomaba su taza de café bien cargado...

—¿Has puesto un patrón en tu móvil?

—¿Sí? ¿Por?

—Porque nunca habíamos hecho ese tipo de cosas, me sorprende... creí que no teníamos secretos —dije.

No sabía si me estaba volviendo una mentirosa compulsiva o si era únicamente instinto de supervivencia, pero pronto caí en que había que tener cara para decir eso, desde mi posición y con todo lo que traía entre manos con Mario...

—No seas paranoica, Amanda, evidentemente no es por ti, pero eres poli y sabes mejor que nadie que a día de hoy no se puede llevar un móvil sin proteger. Todos llevamos miles de datos profesionales, bancarios, fotos familiares que no nos gustaría que cayeran en manos de nadie... Es solo eso...

—Entiendo, perdona...

Mentiría si no dijera que aquel fue un detalle que también me fastidió pero en el fondo tenía toda la razón...

Por suerte, estaba ya sola en la cocina cuando las bolas comenzaron a moverse, ¡no podía creerlo! Sí que era morboso Mario, con Javier todavía en casa y... Estaba claro que le iba la marcha.

En cuestión de dos minutos yo debía tener hasta los orejas ardiendo porque echaba fuego por

dentro. Por favor que llegara la hora de que se fueran...

—¿Estás bien, Amanda? Pareces sonrojada...

—Estoy bien. No sé, será que me siento un poco sofocada...

—Pero, ¿ya duermes bien, no? No me asustes, por favor...

—Sí, sí, perfectamente... Deben ser las carreras de la mañana... Ni te preocupes...

Cinco minutos antes de que se marcharan, aquello por fin se paró y pude despedirles con normalidad, porque vaya tela....

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo has dormido hoy?

—Buenos días, trasto. Perfectamente, pero, ¿cómo se te ocurre? —dije.

—No me digas que no te ha puesto. Es la erótica de lo prohibido....

—Me ha puesto, me ha puesto. Eso no te lo voy a negar, pero vaya compromiso...

—¡Anda, ya! Estoy seguro de que tu maridito, antes te lleva a urgencias que imaginar que tus calores matutinos provienen de tu...

—Eso es verdad. Bueno, es que tampoco es fácil de... Guauuuuuu... ¡Ya las siento otra vez!

—Hombre, yo preferiría que sintieras otra cosa pero ya se sabe eso de que, “a falta de pan, buenas son tortas” ...

—¡Una buena torta es la que te pegaría yo ahora mismo si estuviera contigo en la cama! ¡No sabes cuánto me pone pensarlo!

—¿Chica dura, eh? ¿Lo has hecho alguna vez?

—No...

—Pues yo te dejaré que me des una y cien, en la cama, siempre que lo acompañes con las palabras precisas... ¿Y qué más no has hecho?

—Sexo anal...

—No, no me digas eso porque mucho me temo que voy a explotar aquí mismo... ¿Ese culazo de vértigo es virgen? Muero por...

—Hay que prepararlo... —dije.

—Tomo nota para mis siguientes regalos...

—Ummm, pero no puedo tener un arsenal en casa, puede verlo alguien, puede verlo...

—Estoy seguro de que pronto no habrá riesgos, solo lo veré y yo e iremos juntos de compras a una sex shop y cogeremos todo lo que se nos antoje...

—Quiero hacértelo en un columpio...

—¿En el parque?

Sus carcajadas no parecían tener fin.

—Sí, mujer, en el columpio de Heidi, ¡no te digo! ¡En un columpio sexual!

—No había escuchado, pero puedo imaginar...

—Puedes imaginar y pronto podrás sentir, porque como Mario que me llamo que tú te subes a ese columpio... Ahora elige tú, ¿qué comprarías?

—ropa de látex... Nunca he tenido y me llama mucho la atención. Mi amiga Paty la utiliza y dice que vuelve locos a los chicos...

—Cielos, te imagino en el columpio y con esa ropa... con unos agujeros estratégicamente ideados... Y no sé cómo voy a dar hoy clase, cariño. Me temo que el primer problema va a ser bajar esto antes de salir del despacho y el segundo va a ser concentrarme...

—Ni siquiera sé de qué das clases...

—Ni falta que hace por el momento, anda, para ti de anatomía... Tócate, preciosa, tócate mientras yo subo la intensidad al bichejo este y te cuento lo mucho que me gustaría ir dilatando

poco a poco ese agujero tuyo sin explorar... Beso negro incluido...

—No me hizo falta imaginar mucho, fue darle algo más de intensidad y contarme como dejaría mi puerta trasera a la altura de su boca, para ir además dilatándola poco a poco y mi orgasmo resonó en toda la casa...

—Me encanta hacerte disfrutar. No veo el día de tenerte entre mis brazos y que chillas de placer...

—Y disfruto, disfruto.... Lo malo es que tú...

—Ese es tu problema Amanda, te cuesta pensar en ti. Seguro que ahora vas a decir que disfrutas tú y yo no... Pues mira, lo primero que tienes que saber es que yo disfruto de escucharte a ti disfrutar; lo segundo es que ya llegará mi turno, que bastante hago con hablar de esto desde aquí (al fin y al cabo estoy en mi centro de trabajo) y lo tercero y más importante, que esa costumbre tuya de pensar en todos menos en ti, te la quito yo, aunque sea lo último que haga...

—Tienes razón, no puedo evitarlo...

—Pues olvida los prejuicios por un momento y, sin censuras, dime un pensamiento sexual que jamás hayas compartido con nadie... Sin pensar, rápido y recién salido del horno. Venga...

—Un trío, con dos chicos... Sé que es un clásico pero algo tendrá para llamar tanto la atención...

—Ummm, a mí también me resulta de lo más sugerente...

—Pero claro, tú con dos chicas, supongo...

—¿Quién está hablando de mi fantasía? Estamos en la tuya.... Ya vuelves a hacerlo...Me tienes que contar al detalle... Mañana please.

—¿Si 'tú y yo estuviésemos juntos...?

—¿Quieres decir si lo haríamos? Claro que sí...

—¿De verdad?

—Y tan de verdad, amor.

—¿Y no temerías?

—No temería que te fuera a gustar más ni nada parecido, mi niña. Si algo tengo claro es que, si tú y yo decidimos vivir la vida de la mano, habríamos creado un vínculo tan sólido que nadie ni nada podría romper y si por casualidad me equivoco y eso sucede, te habría perdido pero en pos de tu felicidad, ¡y tendría que dejarte volar!

—Amor, ¿te he dicho alguna vez que me gustas a rabiar? —le dije, embobada...

—¿Y yo te he dicho alguna vez que me gustas más que el chocolate? Piénsalo Amanda, solo vamos a vivir una vez, me encantaría que tomaras una decisión, ¡que me incluyera!

—Y a mí ser capaz de tomarla Mario pero sabes que me cuesta mucho pensar y...

—Dime al menos que estás ilusionada...

—¿Tú qué crees? Me has calado muy hondo, no hago otra cosa que pensar en ti...

—Vuelves a sacarme otra sonrisa de esas imborrable y ya esto empieza a ser una costumbre...

Reí, con esa risa franca y tonta de una adolescente enamorada.

—Amor, mucho me temo que tengo que comenzar a trabajar.

—Ok, cariño. Mañana más y mejor. Te deseo un buen día.

—Y yo a ti otro, tan precioso como tú...

Organicé un poco en casa y pensé en la posibilidad de pasarme a ayudar a Carol. En cualquier caso, antes llamaría a Paty. Si Javier no podía hacer nada, el día de mi cumpleaños lo pasaría con ella y los niños en el centro comercial, era festivo y tendría libre.

—¡Hola, Paty! Tenemos planes para el lunes... Te cuento porque ayer no concretamos nada al

final... Resulta que Javier está más liado que nunca y no va a poder...

—Mandy, yo no saqué el tema a propósito, ¡me vas a matar! Lo siento de veras pero tengo que cubrirle la tarde a una compañera a la que le ha surgido un problema y me lo andaba pidiendo. Estaba buscando una alternativa, pero justo esta mañana me ha dicho que no encuentra a nadie más que pueda hacerlo... Es un día de fiesta y la gente no está dispuesta. Es una persona a la que debo varios favores...

—No pasa nada Paty, olvídale.

—¿Mandy, te has enfadado? Es la primera vez en la vida que nos pasa. Me siento como un gusano miserable...

—No. Es problema mío, Paty. Tú tienes tu vida y tus obligaciones y yo... Cuando algo me falla, necesito demasiado apoyo, es como si no pudiera estar sola, tengo que aprender que no siempre las cosas salen como una quiere...

—Te compensaré, Mandy, no te quepa duda de que lo haré.

Me quedé “plof”. Era la segunda vez que escuchaba eso en menos de veinticuatro horas. ¡Vaya panorama cumpleaños que se me estaba presentando! Ya me parecía a mí que ayer Paty estaba un poco distraída, lo mismo es que estaba preocupada por cómo lo tomaría. ¡Pobre! Bueno, pues al mal tiempo, buena cara...

—¡Hola, Carol!

—¡Hola, pequeña! Así que era verdad, no era un cuento chino, ¡vendrías algún día a ayudar!

—Otra con las dichosas leyendas y cuentos, oye vosotras os distraéis conmigo, ¿no?

—¿Nosotras?

—Sí, es que Paty me dijo el otro día... Paré en seco. Menos mal que no lo vomité allí. La broma de Paty tenía que ver con si yo tuve sexo con Carol...

—¿Qué te dijo?

—Nada, nada, cosas mías...

Me sentí bien colaborando con Carol y su equipo. Ahora estaban en plena campaña de recogida de juguetes para niños desfavorecidos, por Reyes... Estas cosas se proyectaban varias semanas antes.

Era jueves y quedamos en que el martes le llevaría montones de juguetes de Cristina y Pablo que tenían totalmente nuevos y a los que ya no hacían ni caso. Pensé que eran niños con mucha suerte...

Iba de camino a casa cuando me sonó el móvil. Era Javier.

—Amanda, ¿hace o no hace un día maravilloso?

—Lo hace, ¿por?

—Porque entonces hoy no tienes excusa. Vamos a hacer picnic en el parque. Mándame tu localización y paso a recogerte en diez minutos.

—¿Y el picnic?

—Eso corre de mi cuenta. No te he llamado para agobiarte ni para darte más trabajo. Déjalo todo en mis manos.

Pensándolo bien, el sol resplandecía a tope y no parecía muy buena idea la de meterse en casa, pudiendo cargar pilas, pero, ¿un plan con Javier? Me chocaba, a esas alturas. El caso es que le di la vuelta. Puestos a pasar un par de horas a solas con él, mejor hacerlo al aire libre.

No pude evitar reírme, Había dicho diez minutos y justo el décimo asomaba por la esquina. Esa puntualidad suya que, al principio de salir juntos me encantaba, con el tiempo terminó por exasperarme, pero bueno, quizás ya no tuviera que aguantarla mucho tiempo...

—Hola, Javier. ¿Qué tal? Volvía dando un paseo. He estado ayudando a Carol y la verdad es que me he sentido fenomenal.

—Me alegro mucho, Amanda...

—¿Sabes? He estado pensando que la semana que viene me acercaré por el trabajo. Si la comisaria está de acuerdo, me voy a reincorporar en breve...

—¿Lo has pensado bien? Si luego necesitaras algo más de tiempo, quizás sería más difícil, no sé...

—No voy a necesitar más tiempo Javier, me encuentro estupendamente y necesito recuperar mi vida. No espero que lo compartas, ni siquiera que lo entiendas. Simplemente necesito que lo respetes.

—Sabes que mi respeto lo tienes, de sobra. Era solo que me preo...

No lo dejé terminar. Venía de lo más animada e incluso se me había olvidado el disgusto por lo de Paty.

—Bueno, ¿cuál es el plan?

—Vamos a ese parque que tanto te gusta, en la zona oeste, he traído un poco de todo...

Y cuando dijo un poco de todo, era justo eso... ¡Y de más...!

—Pero, ¿cómo has podido preparar todo esto en una complicada mañana de trabajo? —dije ante la visión del macro picnic.

—Obviamente delegando, ya te he explicado muchas veces que es la clave de un buen organizador, saber delegar... Le dije a Sheila que lo pidiera y tuviera listo para las dos —contestó, en referencia a su fiel secretaria, que tenía el cielo ganado, con tanto encarguito...

Sándwiches variados, croquetas, empanadillas, ensaladilla rusa, tres variedades distintas de queso, pimiento rojo y verde, tortilla de patatas campestre, tomatitos cherry, vichyssoise, fruta fresca y profiteroles con chocolate... Una auténtica pasada regada con un Lambrusco Salamino de Santa Croce...

—Aquí hay comida como para un tren. De veras que como nos zampemos todo esto vamos a salir rodando...

—¿No te hace ilusión?

—Sí, sí, te lo agradezco —dije, mientras desplegaba una mantita que también tenía preparada para sentarnos en el césped.

—Sé que eres agradecida, pero no te estoy preguntando eso, sino si te hace ilusión, que es bastante distinto...

—Claro, claro, sí, gracias —contesté con aire distraído.

—¿Dónde estás Amanda?

—¿Cómo que dónde estoy, Javier? No me asustes, estoy aquí, en carne y hueso...

—Sí, tu bonito cuerpo lo veo, pero preguntaba por tu cabeza...

Sonreí vagamente y, dado que ya me había hecho una auténtica artista del escaqueo, eché mano de un buen trozo de queso para huir de una respuesta que no me interesaba. Evidentemente, mi cabeza estaba donde fuera que estuviera Mario.

—Ummm, esto está delicioso...

—Me alegro de haber acertado.

—Es todo de una tienda de delicatessen nueva que han abierto a dos esquinas de mi oficina. Me la habían recomendado y pensé que conviene probar cosas nuevas...

Aquella frase me hizo pensar. ¡La vida era demasiado paradójica! Probar cosas nuevas, decía. Si hubiera estado abierto a vivir más la vida, a arriesgarse de vez en cuando un poco, a dejar las

reglas a un lado ¡y a empotrarme en la cama...! Entonces, nuestra vida habría sido harina de otro costal... Y obviamente, ya era tarde.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó mirándome fijamente cuando nos hubimos comido la mitad de aquello y estábamos sencillamente para reventar...

—Sí, gracias... ¿Y tú?

—Muy bien, hacía tiempo que no nos dedicábamos un rato, ¿no es cierto? Es complicado pasar de la pareja a la familia, cuando llegan los niños y, al final, parece que no sea fácil distinguir... No sé en qué momento empezó a pasar, el caso es que la rutina nos invadió y nos perdimos...

Ahí tenía razón. Nos perdimos...todo. No voy a negar que, sentirme así de mimada me complacía y que, aunque en principio había tenido mis reservas, lo estaba pasando bien. Eso sí, de ahí a otra cosa iba un abismo, sobre todo porque a esas alturas del partido, yo tenía una poderosa razón para estar ilusionada: Mario.

No sé qué demonios se le metió en la cabeza para querer hacer aquello de *Pretty Woman* de andar descalzos, pero echamos unas risas. Me llamó la atención porque debía hacer un siglo y medio que no pasaba. Bueno había exagerado, solo un siglo...

Al recoger y meter todo en la coqueta cestita, Javier me estrechó entre sus brazos y apretó fuerte. Después me dio un beso en la mejilla.

—Sabes que siempre te apoyaré en cualquier decisión que tomes, ¿verdad? Siento si no he estado antes a la altura cuando me has dicho lo de tu vuelta al trabajo, no lo esperaba tan pronto...

—Entiendo que a ti te parezca pronto, pero a mí se me ha hecho una eternidad...

—¿Tan duro ha sido dedicarnos una temporada en exclusiva? A veces pienso que me tomaría un año sabático...

—No lo dices en serio...

—Sí, lo digo en serio... ¿Por qué piensas eso?

—Porque no te veo en esa tesitura. Eres demasiado...

—¿Demasiado qué?

—responsable —contesté, saliendo por la tangente, cuando en realidad pensaba un listado de cosas como que era una de esas personas que jamás arriesgaba nada...

De vuelta al coche, tuve que volver a hacerme la tonta, pues comprobé su intención de darme la mano. En el fondo, el gesto me hizo gracia, pero rehusé hacerlo. No me sentía cómoda ni le veía ningún sentido a aquello.

—¿A qué le da vueltas esa cabecita? —volvió a preguntar Javier por el camino.

—Nada, pensaba en mis cosas, en los chicos....

¿Se notaría que mentía con total descaro? Aquello se estaba convirtiendo en un círculo vicioso. En realidad, lo que estaba pensando era en lo mucho que me hubiera gustado compartir aquel almuerzo campestre con mi enigmático amor y en cómo habría sido con él. Sencillamente, mucho más divertido y con solo un par de bocatas y latas. En todo caso, una improvisada chocolatina de postre.

Y también con risas, un millón de risas, vueltas y piruetas por el césped. Con ganas de correr, brincar y comernos a besos allí en medio... Pura diversión y magia... ¿Cuándo llegaría? O mejor dicho, ¿cuándo me armaría yo de fuerzas para que llegara?

Capítulo 5



—¡Por fin viernes! ¡Por fin viernes! —gritaba Cristina por toda la casa.

—Hija mía, para ya de danzar de acá para allá un poquito que me estás poniendo la cabeza como un bombo —le dije.

—¡No seas plasta mamá! —ven aquí y baila conmigo.

—Eso mamá, ¡yo también me apunto! —gritó Pablo.

—¿Qué celebramos? —preguntó Javier cuando nos vio a los tres bailando como si no hubiera mañana en la cocina.

—Celebramos que es viernes, papá, ¡únete!

—No lo conseguirás ni en mil vidas, hija —dije, guiñándole el ojo a Cristina y moviendo las caderas a fondo.

—Ejem, ejem, ¡madre equivocada, madre equivocada! —repetía Pablo...

Cuando me di la vuelta, lo comprobé. No había vuelto a Javier bailar desde el año de la polca, antes de nacer nuestra hija para más señas y desde luego nunca fuera de una pista de bailes de salón...

—¡Toma ya, vaya ritmazo que tiene mi padre! —empezó a decir Cristina...

Pues ya podría haberlo sacado alguna vez en la última década, pensé yo. No sabía a qué carta quedar. Podía ser que quisiera integrarse, que lo hiciera por agradarme o que, simplemente, también necesitara poner algo de color a su vida.

—Va a ser que tenemos que dar la fiesta por finalizada —dije, comprobando que se acercaba la hora de marcharse al cole y trabajo, respectivamente. Y eso solo significaba una cosa: estaba a poco más de media hora de dar al clic que me llevaba al momento más emocionante del día... ¡Mi sesión con Mario!

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo has dormido hoy?

—Mejor que ayer y peor que mañana, amor —dije, con una enorme sonrisa en la cara.

En aquellos momentos siempre pensaba en lo mismo, ¡él no puede verla! El caso es que daba igual, también lo imaginaba sonriendo...

—¿Cómo llevas el día?

—Pues, para serte sincera, ahora mismo encantada por estar contigo pero el hecho de que sea viernes no es que me seduzca...

—Ni a mí... Es el prólogo de un par de días sin hablar contigo y eso no lo llevo demasiado

bien...

—Yo tampoco, Mario, pero tú no tienes derecho a decir “ni esta boca es mía” —puse, mientras reía... — ¿Qué clase de locuelo ciñe una relación a un rato de charla mañanera y a un paréntesis de cuarenta y ocho horas los fines de semana?

—reconoce al menos que los lunes lo cogemos con unas ganas...

—Y te recuerdo que esta vez es peor, va a tener que ser el martes, el lunes es fiesta y tengo aquí a toda la cuadrilla. De todos modos te digo que, con unas ganas te pillaba yo a ti, feo...

—¿Sí? ¿A mí y a quién más? Porque si mi memoria no me traiciona tienes una fantasía que contarme en la que no aparezco yo solo...

—Así es, pero... vamos a hacer un test de afinidad en forma de juego. Vas a ser tú quien me cuente mi fantasía...

—¿Y cómo leñe se supone que voy a hacer eso?

—Muy sencillo. Intenta meterte en mi cabecita y dar en el blanco de la diana...

—¿Y qué gano yo con eso?

—Por un lado, ponerte cachondísima y, por otro, ganar puntos por afinidad, siempre que enfoques bien claro...

—Vaya responsabilidad que me ha dejado la niña... Deja que me concentre... Vale ya se me ocurre...

—Dale...

—Pero con una condición...

—Que ya estoy imaginando...

—¿Sí? Pues entonces ya estás tardando en tocarte... Imagina que es el día de tu cumpleaños y vamos a hacer algo distinto...

—Ummm...

—No te emociones tanto porque todavía no sabes nada...

—El caso es que lo intuyo...

—Tú llevas un vestido negro, muy ajustado, con una larga cremallera en la espalda, zapatos de tacón muy alto y una gargantilla con forma de esposas en el cuello...

—Aparcamos el coche en la puerta del hotel más lujoso de la ciudad y subimos a la suite... cien metros que comprenden una enorme terraza con jacuzzi que decidimos disfrutar en primer lugar... Desde allí, las vistas a la ciudad son espectaculares...

—Quiero vivir eso contigo Mario...

—Calla anda y, además, ya lo estás viviendo... El resto llegará en cuanto des el paso...

—Sigue por favor, estoy ardiendo...

—Te voy desnudando lentamente mientras te recorro con mi lengua de arriba abajo... Lo último que hago es bajarte de esos altos tacones y cogerte en brazos...

—¿Y entonces?

—El frío de la noche contrasta con el agua caliente del jacuzzi, que invita a sumergirse en él... Te dejo dentro y, mientras, me voy quitando lentamente la ropa, nos mantenemos la mirada, la química es tanta que llega a doler...

—No pares, por favor...

—Lo primero que hago al entrar es meter mis manos por debajo de tu trasero, de modo que lo único que sobresalga del agua es tu sexo, que queda a la altura de mi boca... Comienzo a lamerlo y tus gemidos se difuminan con el ruido de las burbujas. La inflamación de tu clítoris es más latente por momentos y no tarda en estallar...

—Estallar, voy a estallar, en eso no te equivocas...

—Tu orgasmo es tan intenso que puedo notar cómo todos tus músculos, que habían llegado a contraerse al máximo, se relajan súbitamente y te desplomas en el agua... Nos besamos con intensidad y tras eso salgo, me dirijo hacia la habitación y no vuelvo solo...

—¿Con quién, dímelo? ¡Quiero detalles!

—Pues con un antifaz, ¿o qué creías?

—Eres malo, muy malo...

—¿Sí? Pues conozco a una chica muy traviesa que es la artífice de esta fantasía. Deja de hablar un poquito, anda ¡que no callas ni debajo del agua!

—¿De hablar? Será de escribir... Ya quisiera yo escucharte la voz...

—Y me la escucharás, al final te hartarás de escucharla, todo llegará, estoy seguro...

—¿Y qué pasa ahora?

—Ya tienes puesto tu antifaz. Estás de lo más atractiva, con el pelo mojado, los pezones erizados y los ojos tapados...

—Me coloco delante de ti y pongo mi miembro a la altura de tu boca. Comienzas a lamerme y mi excitación se multiplica de forma proporcional al modo en el que aquello empieza a crecer... No pasa demasiado tiempo cuanto te pido que pares, no quiero que termine todavía y...

—¿Y?

—“Eres un poco díscola y no haces caso... Si no paras, tendré que darte unos azotes...” — escuchas—. No das crédito a lo que está ocurriendo. Te quitas el antifaz, miras hacia delante y me ves, te giras y tienes detrás de ti a un atractivo chico de color que comienza a tocarte por la espalda, bajando lentamente...

—Me he corrido amor pero sigue...

—Va a ser que no...

—¿Cómo? ¿Vas a dejarme así?...

—Es tu regalo de cumpleaños, ¿no? Pues te lo doy el martes... Esa mañana te cuento cómo acaba todo y te vuelves a correr para mí... Eso sí, no quiero ni una comparación, por lo de ser de color, tú ya me entiendes, que uno también tiene su orgullo...

—Repito, eres malo...

—Amor, mucho me temo que tengo que comenzar a trabajar.

—Ok, cielo. Mañana más y mejor. Te deseo un buen día.

—Y yo a ti otro, tan precioso como tú... pero antes de despedirme tengo que decirte que me va a costar mucho decirte adiós por tres días. Cada vez te extraño más...

—Y yo a ti cariño.

—Además, es tu cumpleaños y eso lo hará especialmente difícil pero no quiero que nos pongamos tristes...

—Ok, ok.

—Eso sí, quiero que sepas que te deseo el mejor cumpleaños del mundo Amanda y te lo hago llegar junto con un enorme beso, el beso de un hombre enamorado.

—¿Has dicho “enamorado” Mario?

—Lo he dicho y no se me ha escapado, ha sido a propósito. Me estoy enamorando de ti hasta el espinazo Amanda, como no sabía que podía volver a ocurrir a esta edad. Te quiero, mi niña y una cosa te digo, mi intención es hacerte feliz, sea cual sea tu decisión y, de una u otra manera, sé que siempre voy a formar parte de tu vida. Esto es demasiado intenso como para que alguna vez llegue a caer en el olvido, con independencia de para dónde nos lleve el viento.

—No podría haberlo dicho mejor Mario y, ¿sabes lo que tengo ganas de gritar a los cuatro vientos?

—Dime mi niña...

—¡Mario, te quiero!...

Esa mañana me dediqué a hacer diversos recados por la calle. De vuelta a casa me apeteció pasar por el asiático que siempre nos había encantado y pedir que me prepararan algo de sushi para el almuerzo...

—He traído sushi Javier...

—Ummmm, sushi...

—Sí, siempre nos ha gustado mucho y hoy me apetecía comer algo especial...

—Y además es afrodisíaco....

Tierra trágame, pensé. ¡Lo que me faltaba! Javier llevaba días buscándome y yo no sabía ya cómo zafarme... El caso es que, pensándolo bien, estaba un tanto eufórica y el cuerpo también me pedía jarana pero, debía ser imbécil porque me daba la impresión de que, si me acostaba con Javier, estaba corneando a Mario, ¡con mi propio marido! Era ridículo, pero no podía apartar ese pensamiento de mi cabeza...

Finalmente no insistió más... Si algo tenía Javier es que no era tonto y se notaba a la legua que yo llevaba semanas haciéndome la remolona...

La comida volvió a ser un poco más de lo mismo. Me había vuelto un tanto calculadora y, antes de que se acercara alguna conversación que no me interesara demasiado, tomaba la delantera y empezaba a hablar de los niños y de lo que hiciera falta. Incluso por su madre le preguntaba, ¡cómo si me importara la última escoba en la que volaba esa bruja! Porque su hijo sería un santo, pero la madre siempre había sido para echarle de comer aparte...

—¿Te importa a ti quitar la mesa, Mandy? Voy a mirar unas cosas en el correo... —me dijo, al terminar de comer...

—Para nada, respondí canturreando...

Por más que quisiera evitarlo, algo me decía que no era yo sola la que guardaba algún secreto en aquella casa. Desde la noche anterior, Javier volvía a estar muy misterioso con el móvil y la diferencia entre él y yo es que él disimulaba fatal...

Traté de apartar ese pensamiento de mi mente y, mientras recogía la cocina, me centré en el más bonito de mis pensamientos de los últimos tiempos: Mario.

Miré el reloj e instintivamente conté las horas que me faltaban para volver a hablar con él. En esta ocasión eran demasiadas...

Amanda, ven, siéntate un poquito aquí conmigo antes de que me vaya, anda. Apenas me quedan diez minutos.

—¿Estás a gusto? —me preguntó.

—Hacía mucho que no me abrazabas así...

—Es cierto, pero me apetecía cantidad —siguió diciendo.

Javier me estaba acurrucando en el sofá como lo hacía en los buenos tiempos, acariciándome el pelo...

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—En nada. Simplemente he dejado la mente en blanco...

Volvía a mentir como una bellaca y me sentí fatal no, sino peor. Estaba pensando en que no quería eso, en que no quería más dudas. Si me iba a ir con Mario no quería percibir ni un ápice de cercanía de Javier y el picnic del día anterior ya me había dejado bastante descolocada.

Me engañaba yo sola si no reconocía que su afán por prepararlo me había tocado un poco la fibra sensible, pero quería olvidar aquellas sensaciones contradictorias cuanto antes. Ahora no, había tenido mucho tiempo y no lo había hecho, ¡había pasado su momento! ¿O no?

—Tengo que mirar unas cosas, discúlpame... —dije, mientras me levantaba casi dando un respingo.

—Ya... Supongo que te has dejado el piano en marcha...

—No seas bobo —añadí.

Para mi sorpresa fue miedo lo que percibí cuando le miré a los ojos. No lo esperaba y me resultó de lo más inquietante. Él también se marchó al baño. Mientras, en mi cara se dibujaba una sonrisa, pensando en Mario.

Fue entonces cuando lo vi. Javier cerró la puerta del baño y sabía que su ritual de aseo antes de salir de casa le llevaría unos minutos. Sobre la mesa, por olvido, había dejado su móvil.

Lo tomé entre mis manos y apliqué el viejo truco: si miras la pantalla de canto, al trasluz, puedes ver el recorrido que los dedos dejan marcado en la pantalla cuanto dibujan el patrón. Y el de Javier era sencillo. Solo tuve que seguir tres sencillos trazos y, ¡voilà! Pantalla desbloqueada.

Nunca me han dado una patada en el estómago, pese a mis muchos años de servicio, pero de haberlo hecho, hubiera dolido mucho menos de lo que vi en el WhatsApp:

Paty (sí, mi Paty): “Javier, estoy loca por hacerlo contigo. Te va a encantar. Además, ella se lo merece”. Y después de eso un emoticono de un beso.

Javier: “No tengo ninguna duda”. Y otro emoticono con beso.

Corrí hacia el otro baño. Necesitaba pensar y no podía enfrentar su mirada en ese momento, porque, ¡lo despellejaría vivo! Y lo que más me dolía era pensar que quién era yo para juzgarlo...

Por la parte de ella, ¡era mi mejor amiga, como si fuera mi hermana! La venda se me cayó de los ojos, pero dejó abierto un río de lágrimas... ¡Me la estaban jugando en mis mismas narices!

—Amanda, me tengo que ir, ¿dónde estás?

—En el baño, Javier, estoy un poco indisputada. Discúlpame, ha debido ser el sushi...

—No pasa nada, si me necesitas, me llamas o me pones un WhatsApp, ¡Te deseo buena tarde!

Que me deseaba buena tarde, decía, el muy desgraciado. Era lo más patético del mundo. Todos sus intentos de acercamiento de los últimos días eran para calmar su conciencia, porque sabía que me iba a causar un daño irreparable, ¡con Paty! ¡Por Dios! ¿No había más mujeres en el mundo?

¿Y ella? Su deslealtad no tenía límites. Podía esperar algo así de un hombre, pero de mi mejor amiga, de la que había actuado como mi aliada desde hacía treinta años... ¡Eso no lo hubiera esperado nunca! Mi mundo se partió en pedazos...

Ahora lo entendía todo. Por eso ella me decía que Javier también merecía una segunda oportunidad; por eso me animaba a iniciar una nueva vida al lado de Mario y por eso me había puesto una excusa para no celebrar mi cumpleaños conmigo, ¡ya no podía ni mirarme a la cara! Y de ahí su actitud distraída con el móvil la última vez que nos vimos. Tuve que ir a vomitar.

Al salir del baño todo me daba vueltas...

Comencé a pensar. Nunca había experimentado una resaca en toda regla pero debía ser lo más parecido a aquello que estaba sintiendo en ese momento... sensación de asco incluida.

Por más vueltas que le daba, no sabía cuál de los dos era el que me estaba haciendo más daño, si Javier o Paty... No podía pensar con claridad y en breve llegarían los niños. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas, necesitaba que alguien me echara un cable porque en esas condiciones no podía cuidarlos.

Sonreí amargamente pensando que en cualquier otra situación, hubiera sido Paty la candidata ideal a quedarse con “sus sobrinos” y ahora se había convertido en el ser más vil y rastrero que pudiera imaginar. No quería verla ni en pintura. No se lo perdonaría nunca.

Necesitaba salir de esa casa. Hasta ese momento no me vino un pensamiento agradable a la cabeza. Por mucho que me doliera, aquella horrible situación me había lanzado definitivamente a los brazos de Mario.

¿Cuándo se lo diría? ¿Cuándo me iría con él? Lo primera era preparar las siguientes horas. Estaba desesperada pero no tanto como para hacerles el feo a mis hijos de que la situación estallara antes del lunes. Conocía a aquellos granujillas y sabía que ya tendrían preparados sus regalos.

Mi hermana. Ella sería la solución. Mi verdadera hermana se llamaba Verónica y vivía a 100 kilómetros de mí. No estaba al tanto de la situación porque había preferido mantenerla al margen, para que no se preocupara, pero había llegado la hora.

—¡Hola, mi niña! ¿Cómo estás?

—En el trabajo Amanda, ¿pasa algo? Me extraña que me llames a estas horas...

—A decir verdad sí, pero no te preocupes porque no es ningún problema de salud y los niños están bien...

—¿Entonces?

—Es solo que necesito asilo político y ración de mimos extra un par de días... ¿Cómo lo ves...?

—Por supuesto pero me dejas helada, por no decir muy preocupada, ¿qué ha pasado? ¿Javier y tú habéis discutido...?

—No.

—Vale, vale, estaba haciendo cábalas...

—Me temo que es peor que una discusión Verónica. Javier y yo hemos acabado.

—No, no puede ser...

—Siempre habéis sido una pareja modelo...

—Creo que más fachada que otra cosa en los últimos tiempos, hermana...

—No sé qué decir...

—No digas nada. Prepara mucho helado de chocolate y un buen puñado de clínex para esta noche. Y otra cosa, tienes que hacer algo por mí...

—¿Y es?

—Seguirme el rollo porque para Javier tú estarás enferma...

—¿No está al tanto?

—Todavía no...

—¿Y entonces?

—Entonces necesito tomarle la delantera...

Mientras metía equipaje de fin de semana en mi maleta arreglaba con la madre de unos amiguitos de Cristina y Pablo que se quedara con ellos un par de horas hasta que Javier pudiera pasar por ellos a la salida del trabajo...

Quedaba lo más difícil, llamarle y hablar con él con naturalidad. Si a algo no estaba dispuesta era a enseñar mis cartas antes de tiempo. Llegado el momento, los cogería totalmente desarmados a los dos y mientras tenía que hacer el gran papel de mi vida...

—Amanda, ¿pasa algo?

—Nada preocupante aunque sí nos va a cambiar un poco los planes del finde. Espero que no te

importe, tendrás que hacerte cargo de los niños...

—¿Y eso? ¿Me abandonas? —dijo en tono de broma.

—Sabes que no —contesté con toda la ironía que podía acumular mi cuerpo— Es solo cuestión de que Verónica está indispuesta. Por lo visto lleva un par de días mal y no ha querido decirme nada por no importunar pero se va a acercar a urgencias y no quiero que esté sola. Y ya que voy he pensado en quedarme a cuidarla un par de días.

—Me parece bien. Bueno pues luego te veo en casa y ya te doy el relevo con los chicos para que puedas marcharte...

—No, la madre de Bruno y Sonia va a quedarse con ellos. Recógelos en su casa a la salida...

—Pero Amanda, ¿a santo de qué tanta prisa? No creo que Verónica te necesite con tanta premura.

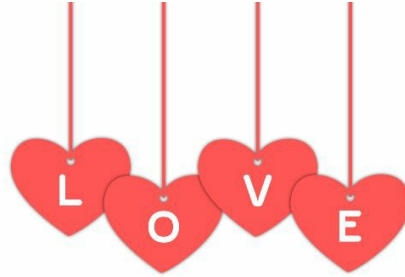
—No quiero discutir Javier. Le he dado mi palabra de que iría cuanto antes y así lo haré...

—Bueno, espero que estés de vuelta para celebrar tu cumpleaños el lunes con los chicos.

—No lo dudes. No me lo perdería por nada del mundo —dije.

Libertad. Eso es lo que experimenté cuando subí en el coche, puse la música y pensé que tenía un par de días por delante para mí sola...

Capítulo 6



Verónica fue una tabla de salvación para mí. Mi cabecita pensante estaba en la cresta de la ola y abrazar a mi hermana en tales circunstancias era lo mejor que me podía pasar ese día. Aparte de mis hijos y de Javier, ella era todo lo que me quedaba en la vida desde que nuestros padres murieran en un accidente de tráfico, hacía ya diez años.

—¡Dichosos los ojos que te ven, Amanda! Pero que sepas que te voy a echar la gran bronca, ¿qué es eso de no contarme nada hasta estar viviendo una situación *in extremis*?

—No quería preocuparte pero los acontecimientos han dado un vuelco y...

—¿De qué acontecimientos me hablas? Tienes que entender que me pillas totalmente fuera de juego y necesito un millón de explicaciones...

—¿Has traído helado de chocolate?

—¿Tú qué crees? Esto es una crisis. Lo tienes en el congelador en ingentes cantidades...

—Buena chica, pero antes necesito una ducha please, después colocarme un pijama calentito y ya coger carrerilla para contarte una historia que igual te impacta un poco...

—Solo una cosa antes... ¿Tú estás bien?

—Aturdida pero fuerte...

—Entonces todo va bien hermanita. No tardes. Estoy ávida de detalles...

Aquella ducha me supo a gloria. Debí dejar el agua caliente correr media hora. Con un sabor agridulce en los labios, primero lloré por la traición de Javier y Paty y después sonreí pensando en Mario, mi Mario que, sin saberlo, me tenía definitivamente en sus manos...

—Ya estoy aquí, Verónica. Pijama calentito, bata de tacto agradable, zapatillas cómodas, sofá, mantita, helado y hermana, ¿se puede pedir algo más?

—Sí, que saques la lengua a pasear y que lo hagas ya, por favor...

Le conté todo lo de Mario de cabo a rabo. Su reacción no se hizo esperar.

—¿Tú quién eres y qué has hecho con mi hermana?

—Soy yo cariño, que por fin he sacado una parte que ni siquiera yo conocía. He evolucionado, he madurado, he...

—¡Y has puteado un poco! —dijo, muerta de risa —amanda, siempre creí que tendrías que nacer otra vez para salir de tu planificado con lupa mundo... Eso sí, ahora imagino el dilema. Te da terror dejar a Javier, porque además intuyo que todavía lo adoras (aunque no lo desees) y sientes por un lado una irrefrenable emoción hacia lo desconocido y por otro te aferras a...

—Hermana, coge aire y cuando quieras me siento en el diván —le dije bromeando, porque parecía que me estaba psicoanalizando...

—Espera, espera, el caso es que lo que quiera que sea ya lo has resuelto, que por eso me has dicho antes que tu matrimonio se ha acabado...

—Sí, es que hay más...

—Huy, huy... Espera que ahora voy a hacer unas palomitas. Vamos a engordar hoy tres kilos cada una, vaya ansiedad, necesito saber...

Sonó el “clin” del microondas y me dispuse a abordar la parte menos amable y más dramática, la que no tenía ninguna gracia. Traición en estado puro, se llamaba.

—La última parte de la historia es la que me ha hecho dar el paso, Verónica. Mientras yo estaba en esas, Javier tampoco ha estado perdiendo el tiempo. Llámame egoísta porque no puedo criticarlo pero es que lo mío es con un extraño...

—¿Y lo suyo no? ¿También tiene un lío en toda la extensión de la palabra?

Al mismo tiempo que se lo contaba agradecía la forma maternal en la que me abrazaba. Las lágrimas brotaban de mis ojos como puños y noté cómo ella contraía las mandíbulas de rabia, para no jurar en arameo. Siempre me había adorado y le costó encajar el golpe...

—Me extraña tanto de Javier —dijo cuando por fin pudo articular palabra. ¡Menos mal que tenía pinta de no haber roto en plato!

—A ver, hasta ahí no puedo decir nada, cariño. Yo lo he hecho igual. Lo malo es que su final de fiesta va a ser apoteósico y cuando los niños sepan quién es su recién estrenada conquista...

—¿Los niños también la conocen? ¡Por Dios Amanda, dime ya quién es!

—Es Paty, Verónica, es Paty...

—¡Hija de puta! No puedo creerlo...

Verónica tenía dos años menos que yo y, por tanto, conocía a Paty desde sus cuatro años. Aunque por edad era más amiga mía que suya, habíamos hecho unas dos mil travesuras y tres mil fiestas de pijamas juntas... Nos habíamos confesado los primeros amores adolescentes y el día de mi boda, ambas fueron mis damas de honor, mi hermana real y “la postiza” ...

—Amanda, ¡me cago en todo lo que se menea! Ahora mismo agarro el teléfono y la pongo vestida de limpio. Y a él me lo como vamos, estoy deseando echármelo a la cara para decirle lo miserable y gusano que es... ¿Y tú de qué te ríes inconsciente?

No podía contestar. En el momento más desastroso y caótico de mi vida solo podía mirar aquella estampa en la que Verónica estaba tan enervada que empezó a bizquear y se puso de lo más graciosa...

—Es que no puedo, no puedo... —empecé a soltar mientras mi risa comenzaba a contagiarla también a ella...

—¡Serás palurda! —gritaba— esto sí que es aquello de “al mal tiempo, buena cara” ...

Y así debía ser... Hablando y hablando, vimos las cuatro de la madrugada en el reloj y después las cinco, a pesar de que ese día habíamos madrugado... Con la mantita del sofá por encima, debimos caer rendidas entre aquel rosario de emociones...

La luz de la mañana nos despertó. Eran las nueve y en parte acusábamos la paliza del día anterior.

—¡Arriba perezosa! —dijo Verónica tirándome un cojín a la cabeza...

—¡No me toques las palmas que me conozco! —le dije, mientras salía corriendo detrás de ella con el cojín en mano para tomarme la revancha.

Aquella idea había sido inmejorable. No me había dado cuenta de lo mucho que la necesitaba

hasta que noté el modo en el que me arropaba emocionalmente. Daba igual el tiempo que pasara entre una vez y otra que nos viéramos. Siempre era como si solo hubieran pasado diez minutos.

—No es por nada pero ese desayuno huele que alimenta —grité desde el baño, cuando percibí aquel agradable olor a café y tostadas.

Verónica vivía en un coqueto apartamento bajo con jardín, perteneciente a una preciosa urbanización con piscina y todo tipo de comodidades. En parte, su casa me recordaba a la mía, que también tenía jardín, aunque la decoración era muy distinta. Era directora de un banco pero no tenía precisamente aspecto de banquera.

En cuanto cruzaba el umbral de su casa volvía a convertirse en aquella pequeña hippie que llevaba dentro. Su vida y su imagen eran un puro contraste. Además, siempre tenía alguna novedad divertida, inusitada e incluso prohibida con la que escandalizarme. Aunque aquella vez era yo la que había tomado la delantera en lo que a noticias bombas se refería. O eso era lo que yo pensaba...

—¿Y tú, tienes alguien a la vista? Anoche solo hablamos de mí...

—Y es normal, cariño, la ocasión no era para menos. Además la que tenía tela de lastre por soltar eras tú...

—Pero no es justo, también quiero saber de ti. Hace mucho que no estás con nadie y ya te va tocando sentir de nuevo las mariposillas y el pellizco en el estómago...

—Bueno, quizás algo ya estén revoloteando, hermanita...

—No, no puedo creerlo. ¡Pues sí que te lo tenías calladito...! Me extraña tanto que no me lo hubieras contado...

—¡Tendrás morro! ¡Mira quién fue a hablar! La que tenía formada “la de Dios es Cristo” en su casa y no soltaba prenda...

Reímos como si nada, como si nadie, como si nunca, nos hubieran hecho daño. Y en ese instante vino a mi mente la bonita imagen de Mario que tenía hecha en la cabeza y fui muy, muy feliz por un momento.

—Venga pues desembucha. ¿Quién es el afortunado en el que has puesto los ojos?...

—Pues es una persona...

—Estás un poquito rarita...

—¿Y eso?

—Lo normal es que hubieras empezado diciendo: “pues es un tío corriente y moliente”, no dándole demasiada importancia, poniéndote un pelín a la defensiva y esquivando el tema a las primeras de cambio. El caso es que en esta ocasión parece que te han echado el lazo, hermanita...

—Eres un poco bruja...

—No, es únicamente que te conozco muy bien, vamos, de toda la vida —dije, guiñándole un ojo...

—¿Y cómo es él? —empecé a canturrear...

—¿En qué lugar se enamoró de ti?... —siguió haciéndolo ella

—¿Voy a conocerlo? Me vas a tener que soportar hasta el lunes, podríamos organizar algo...

—Verás el caso es que en principio iba a venir esta mañana. Me quería recoger y de paso traerme una Flor de Pascua, que ya es época de comenzar a poner algún detalle navideño en casa... Y después iríamos al rocódromo, como hemos hecho otros sábados pero...

—¿Pero qué?

—Bueno que iba a hacer ahora una llamada para anularlo...

—¡Ni se te ocurra! Estoy loca por derrochar adrenalina y ya “aprovechando que el Pisuerga

pasa por Valladolid”, conocer a mi cuñado —dije, arqueando la ceja y con expresión emocionada.

—Pues no se hable más —contestó ella, aunque con un tono un tanto dudoso...

Mientras me duchaba pensé que era la hora en la que el resto de días hablaba con Mario y la nostalgia me asaltó. Resultaba muy complicado sentir la emoción de saber que por fin íbamos a conocernos y a iniciar una vida en común y no poder decírselo hasta el martes. Contaba las horas cuando, al terminar de arreglarme, escuché el timbre.

Salí a la carrera porque estaba deseando conocerlo. Me había equivocado.

—Jaja, hola, soy Amanda, venía un poco expectante desde dentro porque creí que era el nuevo amor de mi hermana pero evidentemente no... ¿Y tú eres?

—¡Encantada Amanda! Soy Raquel, pero no te has equivocado. Soy el nuevo amor de tu hermana y, entre tú y yo te diré, que me gustaría ser también el último.

Debí quedarme helada como un témpano y las tortolitas comenzaron a reír. Cierto que a Verónica los chicos le habían durado siempre menos que un chupa chups en la puerta de un colegio, pero yo lo achacaba a que era un poco inconformista y le costaba hacerse a las relaciones.

Sin embargo, aquel repentino cambio de acera parecía haberle sentado fenomenal...

—¿No te lo había contado todo, verdad? —me preguntó Raquel...

—Me temo que no pero, por supuesto, lo único que deseo para mi hermana pequeña es que sea infinitamente feliz y lo que menos me importa al respecto es si quien la hace sentirse así tiene o no pito...

Y hablando de pitos, aquel al que llevaba años aferrada no tardó en aparecer. Al fin y al cabo, eso era lo que me parecía Javier a aquel momento, un pito andante que no había pensado en las consecuencias de quitar de mi entorno a Paty, ahora que tanto la necesitaba... Activé el “modo actriz”.

—¡Hola Javier! ¿Qué tal por ahí? ¿Qué cuentan mis enanos favoritos?

—Pues aquí están, liándola parda. Les he dicho que tienen que comportarse medianamente bien. Necesito algo de concentración para trabajar...

Maldita sea, ¡ahora si no se concentraba iba a ser culpa de los niños, cuando a saber dónde estaba su cabeza! Bueno, entre las piernas de Paty, era evidente, allí estaría su pensamiento todo el fin de semana, a juzgar por los planes que tenían... Eso sí, no podría verla por mucho que pensara en ella y eso me alegraba.

—Bueno, bueno, ya será menos. Son buenos chicos...

—Sí, aunque un poco alborotadores jeje, pero bueno ese no es el caso, ¿cómo está mi cuñadita?

Hipócrita de mierda, fue lo primero que me pasó por la mente. Ahora íbamos a jugar a la familia feliz. Los recuerdos de su acercamiento de los últimos días se agolpaban en mi mente.... Era un premio, el típico premio del macho corneador nato a la hembra corneada, para calmar un poco la voz de su conciencia, si es que la tenía...

—Está aquí, bastante pachuchilla pero te envía un abrazo y un beso —le dije mientras tenía que contener la risa ante lo que de verdad le enviaba Verónica, que no era otra cosa que un dedo corazón bien estirado.

—Vale, dale otro de mi parte y dile que se ponga bien pronto, que te necesitamos...

Definitivamente, si no lo veo no lo creo... Tuve que contenerme el labio para no decirle a quién echaba él de menos pero enseguida me conformé con aquello de que la venganza es un plato que se sirve frío...

—Yo también os echo de menos. Me pillas saliendo a por unas medicinas. Hablamos a la noche. Dales a los niños un beso enorme y dile que los quiero...

—¿Y a mí?

¡A ti que te zurzan! Le hubiera contestado de buena mañana, pero volví a tener que hacer un ejercicio de control...

—A ti otro...

—Uno enorme para ti también Amanda, hablamos por la noche...

—Una interpretación de óscar —dijo mi hermanita, ante la atónita mirada de su chica.

—Necesito que alguien me ponga al día —añadió Raquel, con tono curioso...

—¿Tienes diez horas por delante? —le pregunté.

—Las que hagan falta...

—Pues camino del rocódromo te vamos deleitando los oídos...

Lo pasamos sencillamente fenomenal. Verónica y Raquel estaban llevando a cabo un entrenamiento de escalada con vistas a una prueba que se celebraría en un par de meses, en la preciosa sierra a la que miraba su casa.

—Se te da bien Amanda, deberías seguir entrenando por tu cuenta y hacer la prueba con nosotras cuando llegue el momento—dijo Verónica.

—Sería toda una experiencia. Lo pensaré.

Me encantaba la idea de poder compartir aquello con las chicas pero también estaba pensando en Mario, que seguro que se unía sin pensarlo dos veces, con tantas ganas como mostraba de que hiciéramos deporte. El corazón me dio un brinco.

A la salida era hora de la cervecita y tapa. El sol volvía a estar de nuestro lado y las ganas de departir animadamente eran compartidas por todas y cada una de nosotras.

—Cariño no quiero agobiarte pero tienes mucho que pensar de cara a unos días. ¿Cómo lo llevas? —me preguntó Verónica.

—¿Sabes esa sensación de que la cosa no va conmigo y que todo irá a su sitio como por arte de birlibirloque? La cuestión es que así me siento...

—Pues mucho me temo que, juegucitos de magia aparte, vas a tener que coger el toro por los cuernos hermana —me dijo sin reparar en lo acertado de la frase.

—¡Yo no lo hubiera dicho mejor! —repliqué, mientras comenzaba a reír con ganas pensando en que aquella situación era la más surrealista que había vivido nunca.

—¿Pero entonces Mario no tiene todavía ni idea de que Cupido le ha elegido a él? —preguntó Raquel, interviniendo muy animada en la conversación.

—Ni pajolera idea... —contesté.

—Pues lo vas a dejar loco —dijo ella.

—Loco lo tiene ya, ¿no crees? —añadió Verónica, mientras tiraba una aceituna hacia arriba e intentaba pillarla con la boca...

—Eres un caso, hermanita... —dije.

Por la tarde tocó ir de shopping y yo llevaba una idea fija. Compraría un conjunto completo negro de lencería con tanga, balconette, ligüero y medias de esos de quitar el hipo, para mi primer encuentro con Mario.

Tenía que dejarle anonadado y, por lo poco que le iba conociendo, aunque terminara siendo un empotrador por derecho, no era de un “aquí te pillo, aquí te mato”. Le gustaban los previos y yo empezaba a disfrutar con los flashes que me venían de ese primer encuentro.

No obstante, era una dicha empañada por la traición de Javier y Paty. Lo cierto es que tenía un

doble rasero y me escudaba en el hecho de que él lo hubiera hecho con mi mejor amiga para demonizarle, mientras que yo salía de rositas en esa historia. Sabía que estaba siendo injusta pero es que aquella herida seguía escociendo y más por minutos...

—¿Qué os parece, chicas? —dije, saliendo pizpireta del probador.

—¡Putón, putón, hermana! Me encanta, pero con clase, ¿eh? Con mucha clase. Con eso no llegas ni a la cama...

—¿Cómo será, chicas?...

—Pues un maromo a tu altura Amanda. Seguro que hacéis una pareja de revista y, ni te preocupes, ¿eh? Esta vez te hacemos Raquel y yo de damas de honor.

—Eres una locuela y ya te puedes ir quitando eso de lo cabeza porque yo, lo que es volverme a casar, no vuelvo a hacerlo en la vida. Ya he comprobado lo que es “ir por lana y salir trasquilada” y no pienso tropezar dos veces en la misma piedra.

—Bueno Amanda, eso lo dices ahora que estás arañada, pero el caso es que no puedes tener ni idea de lo que el destino te deparará mañana, cuando tu nuevo príncipe azul venga a pedírtelo a lomos del caballo blanco...

—¡Tú te has fumado algo, Verónica!

—De eso nada, que hace ya dos semanas que no nos fumamos un porrillo, ¿verdad amor?

—E incluso tres diría yo —añadió Raquel, haciendo el gesto de que era demasiado...

—¡Ay madre mía, que creo que os habéis juntado el hambre y las ganas de comer! A ver si la bodita de marras al final es la vuestra...

Todas nos echamos a reír con esa desinhibición y felicidad propias de quien sabe que, a la postre, su futuro está en manos del destino. ¡Teníamos que visualizar en positivo!

Por la noche nos quedamos en casa. Compramos marisco y, mientras lo cocíamos nos fuimos abriendo una buena botella de vino blanco que Verónica reservaba para la ocasión.

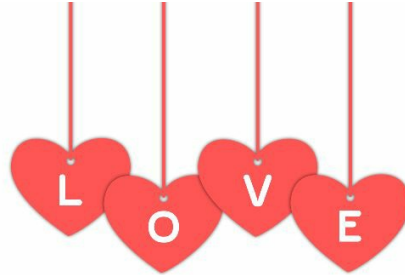
—¡Un primer brindis, chicas! —dije, animada.

—¡Por las dos parejas que se acaban de formar! —dijo Raquel.

—Aunque la mitad de una de ellas todavía no lo sepa —añadió Verónica.

Fue una velada magnífica. Revivimos mil y una barrabasada de las que hacíamos de pequeñas, hablamos de nuestros padres, les conté cosas del día a día de los niños: sus bailes, sus progresos, sus ocurrencias... Un ambiente delicioso...

Capítulo 7



El domingo amanecí con la miel en los labios. Al abrir los ojos todavía seguía teniendo la agradable sensación de estar reviviendo ese descomunal sueño húmedo que había tenido con Mario. Estábamos solos en una isla desierta, nos bañábamos desnudos, juguetones, insinuantes...

Al alcanzar la orilla él metía su piernas entre las mías para desestabilizarme y hacerme caer mientras preparaba uno de sus brazos para sujetarme y empezar a besarme. Con el rumor de las olas de testigo empezaba a penetrarme con tal ímpetu que mi cuerpo se movía entero y sus embestidas llegaban hasta el fondo haciéndome contraer de pies a cabeza...

El orgasmo sí fue real. Me desperté sintiendo un furor uterino de un calibre que jamás había experimentado. Decidí seguir tocándome. Necesitaba otro orgasmo, de inmediato. No tardó ni tres minutos en llegar. Mis dedos sobre mi sensible clítoris hicieron el resto y me costó no chillar y despertar a las chicas.

—Tienes buena cara, hermanita. Si no fuera porque sé que has dormido sola diría que has tenido movida de la buena en la cama... —me soltó Verónica nada más atravesar el umbral de la puerta de la cocina.

—Paso palabra —contesté, guiñándole un ojo...

—Vuelvo a preguntarte lo mismo, ¿quién puñetas eres y qué has hecho con mi sensata hermana?

—Un café, por favor —musité por toda respuesta...

—Un café para que te entones pero nada más. Ponte cómoda que nos vamos a desayunar a un sitio encantador...

—En ese caso, ni te preocupes. Puedo esperar. Estoy deseando verlo...

Raquel se despidió de nosotras cuando fuimos a por el coche.

—Me abro, Verónica. Amanda, ha sido todo un placer y espero que repitas visita pronto...

—¿No te vienes con nosotras?

—No, tengo varios asuntos de trabajo que me esperan hoy en casa y además así os dejo un poco solas. Tenéis mucho de lo que hablar...

Era cierto. Desde el viernes por la noche mi actitud era la de estar en una nube, exprimir las horas con las chicas y no pensar demasiado pero había llegado la hora de planificar. Era indudable...

—¡Este sitio es de cuento, hermana! —chillé cuando nos instalaron en la terraza.

Era un precioso refugio de montaña, situado justo al pie de un tajo en el que se disfrutaba de una vertiginosa vista que se me antojaba tan atractiva como peligrosa. Lo mismo que sucedía con mi propia vida en ese momento.

—¿Tienes pensado ya cómo lo harás?

—Algo. Me faltan por atar unos cuantos cabos...

—No puedo levantar la liebre antes de tiempo porque mañana quiero celebrar mi cumple con los niños y tener la fiesta en paz. A partir de ese momento, ¡comenzarán los fuegos artificiales!

—Entonces tendrás que mostrar apariencia de total normalidad cuando llegues a casa, recoger a los chicos, hablar algo e incluso darle un beso a Javier, ¿vas a tener estómago?

—Sí, sí. Me sobraré sangre fría. ¿No quieren juego? Lo van a tener, él y ella...

—¿Pero a Mario no puedes decirle nada todavía?

—No puedo, hermana. Son las reglas y los dos las acatamos. Hasta que no cambiara la situación, solo hablaríamos un rato a una hora determinada de la mañana de los días laborales. El resto del tiempo ese canal no existe.

—¿Y no lo estás deseando?

—Muero de ganas, imagina, pero no quiero alarmarle, ni ponerle en un compromiso. Esto lo tomo como una prueba del destino. Tengo que echarle grandes dosis de paciencia.

—¿Y el martes qué?

—El martes no creo que pueda ni darle los buenos días. Le espetaré que quiero conocerle, sin más...

—Y él ya sabrá lo que eso significa, ¿no? Y con Javier y Paty, ¿cómo lo harás?

—Pues mira he pensado una cosa, a ver qué te parece. Necesito darles la estocada a ambos a la vez. Quiero que me miren a los ojos y no soporten la vergüenza...

—¿Y cómo lo lograrás?

—Creo que es sencillo. Dado que los dos saben que me han fallado el día de mi cumple, les diré que al menos me deben una tapa por la noche. Una cosa rapidita. Llamaré a la canguro para que acueste a los niños...

—¿Crees que van a aceptar?

—Van a hacerlo. Voy a ponerlos en la punta de la picota. A Javier le recogeré los papeles y le diré que hasta ahí ha llegado lo mucho que tuviera que hacer...

—¿Y Paty? Ella no es tu marido ni la tendrás tan a mano. Alegará cansancio y mil y una excusas al salir de su turno y no se acercará...

—No si para ese momento ya la estamos esperando en la puerta de la clínica, ¿no crees?

—Ummm...Pero Amanda, hay un tema que no hemos tocado. Raquel y yo lo comentábamos anoche en la cama. Creo que te has quedado tan en shock con la noticia de estos dos pajaritos que no has contemplado una variable...

—¿Cuál?

—¿Y si Javier ya está informado de tu aventura con Mario por Paty? Ella ha sido tu confidente hasta ahora y lo normal es que, para arrimar el ascua a su sardina, ya lo haya puesto al corriente... No quería ayer aguarle la fiesta pero tienes que prepararte para todo. Quizás el recibimiento de mañana no sea el que esperas...

—Sí, lo he pensado, pero finalmente he llegado a la conclusión de que, por el motivo que sea, ella no ha soltado prenda todavía.

—¿Y eso por qué? Tú sabes lo de ellos y estás callada... ¿Qué te hace pensar que no podrían estar haciendo lo mismo?

—Pues que Javier es demasiado orgulloso para eso y además, mente fatal. Desde que todo esto empezó, sus idas y venidas con el móvil las ha disimulado muy mal y lo he cazado al vuelo. Si supiera lo mío no sería capaz de hablarme con esa naturalidad. Vale que me está ocultando su lío con ella, pero sus buenos días y noches son sinceros, no esconden rencor... Le conozco muy bien...

—¿Y por qué crees que ella está callada cuando le interesaría bastante soltar ese notición?

—Pues por una razón tan simple como que es una cazadora de hombres y pensará que si le da un motivo para odiarme, nunca podrá saber si está con ella porque la quiere o por despecho...

—Es posible. Sigue entonces contando tu plan...

—Pues iremos a tapear y yo haré un brindis...

—Cuenta, cuenta, que me está gustando...

—“¡Brindo porque os vayáis los dos al infierno, juntos como estáis ahora, o por separado, como más os plazca!” ...diré. En ese momento, se sentirán abrumados y puede que ahí sí sea cuando ella suelte lo mío... En cualquier caso, me dará igual, me habré dado la gran satisfacción de mi vida...

—Y además tú siempre...

—Yo siempre podré alegar que lo mío ha sido una infidelidad estándar, que además no ha pasado de un chateo, aunque lo cierto es que no voy a restarle importancia. Podría, pero no... Quiero hacerle a Javier el mismo daño que él me está haciendo a mí, o al menos una parte porque lo suyo es de traca valenciana...

—Claro, no tiene nada que ver. Puedes argumentar que lo tuyo es con un desconocido, que tú no has tenido la caradura de ir a liarte con su mejor amigo...

—Ni la falta de pudor de pretender luego un acercamiento como ha hecho él, en casa y fuera de ella, citándome y queriendo que hiciéramos de nuestra cama un nidito de amor. Menos mal que no nos acostamos el viernes, me hubiera matado saber que estaba conmigo y pensando en ella. ¡Dios! “Hablando del Rey de Roma...” ¡Maldita sea, es Paty!

—Disimula mi niña, disimula... Demuestra nervios de acero.

—¡Hola, Paty! ¿Qué tal?

—¡Hola, Mandy! Pues bien, ¿y tú?

—Bien, bien. El caso es que como no tenía noticias tuyas, quería saber cómo continúa el romance...

—Pues la verdad es que no hay mucho que contar. Estoy con Verónica, porque he venido a pasar el finde con ella, que anda pachucha y...

De repente se me encendió la bombilla, le daría el domingo, para que no se las prometiera tan felices...

—Vaya no sabía —interrumpió, la muy cínica, como si no estuviera enterada desde el minuto uno por su amante. ¡Desde luego, aquello se estaba convirtiendo en una novela!

—Es normal, no te preocupes. No llamé a nadie porque salí como una bala de casa y después me he relajado y olvidado un poco del teléfono.

—Claro y, como tampoco hay sesión de Skype hoy, te sobra la tecnología...

—Ya, sobre eso quería hablarte. En realidad me he dado cuenta de que apenas tiene sentido, creo que voy a olvidarme de Mario y seguir con mi vida...

—¿En serio me lo dices, Mandy? —preguntó sorprendida.

Verónica me levantó el pulgar, como diciendo que entendía mi maniobra y le parecía fenomenal.

—Sí, en serio. He comprendido que mi vida es bastante bonita y que no necesito llevarla al límite para ser feliz, ¿no te parece? Es demasiado riesgo, echarlo todo por la borda por una ilusión con la que además me puede “salir el tiro por la culata”.

—No sé qué decir Mandy, me has dejado de piedra...

—No te preocupes, Paty. Ya lo hablaremos en persona y te explico en profundidad...

Nos despedimos y colgamos. Me sentí victoriosa. Sentía que llevaba la batuta en aquel cuarteto que estábamos formando y eso me hacía sentir bien.

—¡Hurra por ti, hermanita! Con esto has matado dos pájaros de un tiro. Le has agitado el domingo, pensando que te quedas con Javier y además ya no se te puede adelantar porque no tiene pruebas de tu *affaire*... Porque no las tiene, ¿verdad? No lo has hablado con ella por WhatsApp, ¿o sí?

—No, solo algo por teléfono y lo demás en persona. No te preocupes no tiene pruebas. Ahora no se atreverá a decírselo a Javier porque él podría pensar que pretende atraerlo todavía más con una artimaña que quizás hubiera salido solo de su imaginación...

—Una batallita más ganada, hermana. Vas a volverte maléfica a marchas forzadas —rio con ganas.

—Es que esto es una partida en la que “quien no corre, vuela” ... Visto está.

—Bueno pues sigamos con el asunto, ¿les dices eso en el brindis y te vas?

—Me voy para casa y a Javier le digo que tiene la noche libre para irse a dormir con ella, que ya que están deseando hacerlo que lo hagan. Y además le añadiré que le ponga un poco más de énfasis de lo normal, que Paty no ha sido una tonta como yo, que ella ya ha probado todos los “calibres”, de todos los “colores” y en todo tipo de situaciones y que quizás le cueste un poco más retenerla cuando llegue la rutina.

—¡Hostia, hermanita! Pues sí que lo vas a hundir...

—¡Cierto y si no quería escuchar algún día eso, que se hubiera esmerado! Oye, que potencial no le falta y dotado está bien dotado jaja, que yo de eso no me he quejado nunca pero que en la cama siempre ha tenido menos iniciativa que un vegano en una carnicería...

—¡Malvada, te estás volviendo malvada! —volvió a reír con ganas...

—Y luego queda la otra parte. Esperar a la mañana siguiente y hablar con Mario. Estoy segura de que organizará nuestro encuentro para ese mismo día, por la tarde o por la noche...

—Ya... Y una cosa, ¿le vas a soltar de buenas a primeras lo de Javier y Paty?

—Tengo mis dudas...

—Yo no lo haría así, la verdad.

—¿Entonces?

—Creo que lo ideal es que se lo expliques en persona y para eso solo tendrás que decirle que has tomado la decisión de irte con él y que ya lo hablaréis cuando os veáis. Así se lo podrás decir cara a cara y, cuando te tenga delante, ya nunca te dejará marchar. Lo habrás “eclipsado” de por vida con tu increíble atractivo...

—Sí, sí, con mis súper poderes...

—Más o menos. Si se lo cuentas a través de la pantalla, puede pensar que es simple despecho y que lo vas a utilizar... Y no es eso, ¿o me equivoco?

—No lo es —contesté con cierto amargor porque, aunque moría de ganas de estar ya con Mario, en el fondo me quemaba lo que estaba pasando con Javier.

—Amanda y hay una cosa más, yo no quiero ser agorera pero, ¿has pensado en la posibilidad de que no te guste algo de él cuando lo veas? Tienes que estar preparada para todo...

—Lo he pensado, lo he pensado y quiero que sepas que por esa parte puedes estar bien tranquila...

—¿Y eso?

—Porque la cuestión es muy simple. Pase lo que pase, soy mucho más fuerte que antes y por eso sé que nada puede salir mal. Si me gusta, adelante y si no, “la vida sigue igual” como diría Julio Iglesias.

—¡Ole y ole, cariño! Eso es lo que llevo años queriendo escucharte. La felicidad parte de uno mismo... Lo demás son aditivos, compañeros de viaje, que pueden estar o no, ser pasajeros o permanecer constantes, pero eres tú y solo tú quien tiene que tomar el timón de tu existencia.

—Obvio y, con esa premisa, ¡todo el amor que venga será bien recibido!

—Y todos los polvos, Amanda, que esperemos que sean muchos y “de 10” ...

—Eso digo yo también, que faltita me está haciendo, que debo tener ya telarañas...

Por fin la conversación estaba en un punto más divertido, minutos atrás estaba siendo demasiado intensa y me pesaba como una losa. Di un brinco de la silla.

—¡Vamos a dar un paseo por la sierra! —grité.

—¿Te apetece?

—Mucho. El aire de la sierra me vendrá de perilla y me ayudará a no pensar. Necesito hacer un “kit kat” antes de que comience la acción. No se hable más...

El contacto con la naturaleza siempre me había llenado los depósitos de energía y en los últimos meses les había visto el fondo, de tanto estar en casa. Me prometí que eso no me volvería a pasar. Mi nueva vida con Mario sería muy distinta y en todos los sentidos. Solo de pensarlo, me estremecía...

—Oye y tú, guapita de cara, anda que me advertiste antes de que llegara Raquel del “pastel” que me iba a encontrar, se me debió quedar una cara de pringada...

—Solo un poco pero reaccionaste bien —dijo, divertida...

—Claro, claro, el cobazo del siglo me has dado... Es un encanto y se os ve genial pero no sé si es un cambio de acera definitivo, si es una punzada tuya repentina de unos meses o si...

—Amanda, aprende también a no ponerle etiquetas a todo... ¿Qué tiene de distinta esta relación para que tú te preguntes si...?

—A ver, que es con una chica y eso...

—Vale, vale, entonces he de interpretar que cuando es con un chico todo es más sencillo y está el pescado vendido desde el primer momento. Vamos, igual de claro que lo tienes tú ahora mismo...

—Tocada y hundida. Tienes razón, me las has dado todas en el mismo lado...

—Pues eso digo yo, hermanita, ¡vamos a vivir el día a día viendo el vaso medio lleno y mañana el universo dirá!

En el refugio en el que desayunamos habíamos pillado provisiones como si fuésemos a la guerra, así que al mediodía paramos a comer. Era un día de esos muy fríos en los que, a pesar de todo, el sol luce radiante.

—¡Vitamina D para el body! —dije, mientras que disfrutaba de los rayos solares.

—¡Eso, eso! ¡Ya pueden darle morcillas al banco y a sus mulas, yo me quedaba aquí un mes!

—Y yo otro...

Debimos andar como un millón de kilómetros, más o menos. Verónica conocía aquella sierra como la palma de su mano y me enseñó gran cantidad de curiosidades, del estilo de una bonita familia formada por una jabalina y sus jabatos que avanzaban en fila india hacia el río...

—Tengo una curiosidad —le dije en un momento dado...

—Dime...

—¿El sexo con chicas, es mejor, igual, peor...?

—Es distinto. No sabría decirte. De todos modos, yo lo calificaría como más sutil...

—¿Y esa repentina curiosidad?

—Pues nada, que me da dado un poco por explorar mi psique, posibilidades...

—¡No jodas, a ver si vas a ser una copiona! —dijo con aire sorprendido y bromeando.

—Deja, deja, no enredes más que bastante traigo yo entre manos... Es solo que Mario es mucho más abierto de mente que Javier y le comenté que una de mis fantasías es hacer un trío con dos chicos...

—¡Esto es la monda, lironda! No sé qué me va a quedar por escuchar este fin de semana. Me tienes sorprendidita. Espera que beba agua... Y debo entender que tu pregunta viene porque igual serías capaz de devolverle el favor, haciéndolo también con él y una chica, ¿no?

—Puede...

—Esto sí que es un cambio... Si tienes algo más que contarme, suéltalo ya antes de que me atragante...

—Creo que, de momento, eso es todo...

Al caer la tarde nos refugiamos en casa. Verónica sacó un puñado de fotos antiguas y nos lo pasamos de miedo.

—¡Vaya pintas que llevábamos! Más catetas y no nacemos —dijo...

—Mujer tampoco es eso. No me vayas a deprimir. Era el look propio de la época...

—El look hortera, querrás decir... Estas las paso —musitó, mientras apartaba las de la época en las que íbamos en pandilla y yo empecé a salir con Javier.

—Sí, sí, pásalas... Estas en cambio, ¡me enamoran! —añadí cuando empezaron a salir las de Cristina y Pablos de pequeños...

—Son dos renacuajos chantajistas y zalameros a más no poder —dijo ella, loca de amor por sus sobrinos.

—Tienes que venir a vernos más a menudo. Los niños te añoran. Bueno, tenéis que venir a vernos más...

—Lo haremos, lo haremos... Pero ya me dirás exactamente dónde vives —soltó con tono burlón— Si en tu casa, en la de Mario o en la del espíritu santo...

—Muy graciosilla. Ya nos organizaremos. Dime una cosa...

—¿Qué cosa?

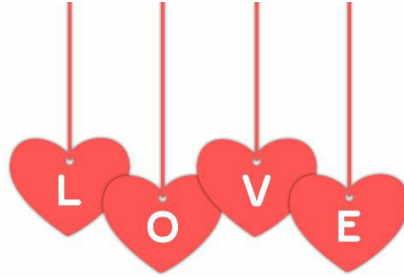
—Los niños van a estar bien, ¿a qué sí?

—No, van a estar martirizaditos, mientras tiran un poco de la cuerda a ver a cuál de los dos os sacan más, ahora por separado...

—¡Eres más boba...! ¿Pero sabes que te adoro, verdad?

—Ídem, hermanita, ídem...

Capítulo 8



Y allí estaba yo. Mañana de lunes, al volante de mi coche, cantando y muy, muy nerviosa... Parecía que el corazón se me fuera a salir por la boca...

Eran las siete y todavía faltaba un ratito para que comenzara a amanecer. ¡No podría creerlo! El sonido que emitió mi móvil era el de un mensaje de Skype. Mario era mi único contacto y pese a que solo hablábamos por el PC no había podido resistirme a instalar la aplicación en el móvil. Me daba la impresión de que así llevaba a mi amor siempre conmigo.

Durante diez kilómetros el corazón me daba un zambombazo detrás de otro, hasta que por suerte divisé un área de servicio. Me temblaban las manos una barbaridad cuando lo abrí.

“Mi amor, no respondas este mensaje. Debes estar en casa con Javier y los niños y no quiero comprometerte. He pensado que toda regla tiene su excepción y que debía escribirte hoy, aunque no fuera lo pactado. Quería ser el primero en felicitarte y en desearte un cumple en el que todo saliera a pedir de boca. Te quiero mucho”.

Si el alma puede sonreír, la mía lo hizo en aquel momento. Definitivamente, no me estaba equivocando. Mi matrimonio estaba ya muerto, a las pruebas me remitía y Mario me tenía cien por cien ilusionada. Todavía algo temblorosa reanudé el camino, no sin antes dar un beso a la pantalla del móvil.

Me había propuesto llegar a casa antes de que se levantaran los chicos para comenzar a preparar el desayuno-festín propio de cada vez que alguno de nosotros cumplía años.

Megadesayuno de tortitas con sirope de chocolate y nata, batido de plátano y todo aquello que se nos fuera ocurriendo para poner una mesa propia de una casa dulce de cuento, ¡si hasta gominolas les echaban a sus platos mis pequeños mequetrefes!

—¡Mamá, mamá, ya estás aquí! —chilló Pablo, muy alborotado cuando me vio en la cocina.

—¡Normal que esté aquí! ¿Quién podría perderse ese pedazo de desayuno que vamos a meternos entre pecho y espalda, cariño?

—Felicidades mamá, felicidades... Voy corriendo por mi regalo.

—Ni se te ocurra dar un paso más, bobo. Los regalos se los damos todos juntos —le advirtió Cristina que terminaba de bajar las escaleras —muchas felicidades mamá...

—Ven aquí, preciosa mía, dame un abrazo. ¿Me has echado de menos?

—Mucho y a tu buena mano en la cocina también. No digo que papá no se haya esforzado, pero sabes que no es lo suyo...

—Ya cielo, pero la intención es lo que cuenta y él hace lo que puede y más por vosotros, no pierdas eso nunca de vista.

Lo cortés no quitaba lo valiente. Por muchos cuernos que me estuviera poniendo siempre sería el padre de mis hijos y ellos tenían que verlo como lo que era, un padrazo al que todo se le hacía poco para verlos felices. Y hablando de todo, la siguiente cornada estaba a la vuelta de la esquina.

—Por cierto, es raro que no haya bajado ya. Llevo aquí un ratito pero no os he querido despertar a ninguno.

—Es que ha tenido que salir hace como media hora, mamá. Me ha dejado al cargo de Pablo porque dijo que no tardaría nada. Además ya era por la mañana, no iba a pasar nada. No te enfades con él por eso, me ha dicho que tenía que ir y volver a su oficina por un asunto urgente.

Me llevaron los demonios y tuve que controlarme, por supuesto. ¿Sería posible que hubiese tenido que salir como alma que lleva el diablo el diablo dejando a los chicos solos porque él y Paty no pudieran esperar para verse?

—Una cosita Cristina, ¿esto ha pasado en algún otro momento del fin de semana?

—En ningún momento, mamá. Es solo una urgencia del trabajo. Ya sabes cómo es papá, no nos dejaría solos si no fuera estrictamente necesario.

—Por supuesto mi niña —dije, pensando que el Javier que yo conocía no, pero esta nueva versión igual me sorprendía... Y claro, no me había llamado por teléfono para decirme que salía porque era consciente de que se notaba a tres kilómetros cuando mentía...

Recapacité y me tranquilicé. Yo tenía mi planazo para esa noche que les iba a sentar a ambos como un jarro de agua fría y eso me reconfortó. Donde las dan, las toman...

—¡Ya ha llegado papá! ¡Ya ha llegado papá! —volvió a gritar Pablo, diez minutos después.

—Amanda, disculpa. Ya estás aquí, ¿bien el trayecto de vuelta? Muchas felicidades, siento haber tenido que ausentarme. Un problema en la oficina, ya te contaré...

—¡Ains, ese trabajo tuyo va a acabar con nosotros! —dije con segundas, a sabiendas de que él no lo pillaría. Me había hablado sin siquiera mirarme a los ojos. No venía de la oficina...

Se acercó para darme un beso que yo recibí como el de Judas, pero creo que disimulé bien.

—¿Qué tal Verónica?

—Bien, bien, como te dije al final no ha sido nada grave, pero los síntomas eran confusos...

—genial, ¿te ha dicho si vendrá a vernos pronto? Creo que hay dos personajillos que están deseando recibirla con los brazos abiertos.

—Sí, sí, no creo que tarde. Además, igual no viene sola...

—¿Tiene pareja?

—Sí, tiene y es alguien que le está sentando muy bien...

—¡Alabado sea Dios! Ya me tocaba estrenar cuñado, que estoy siempre rodeado de mujeres...

—Pues no sé yo qué decirte...

—¿Cómo?

Sabía que Javier era un poco cerrado de mollera para aquellas cosas, así que en el fondo me alegró soltar la noticia, para darle en toda la cara.

—Pues que es una tía estupenda, se llama Raquel y están enamoradísimas...

—¿No es broma?

—Me temo que no...

—Pues dile a Raquel que será bienvenida en esta casa— La familia crece, aunque no sea en la dirección que esperábamos —dijo, riendo.

Supuse que es que ya a aquellas alturas él tenía sus propias movidas mentales y se la traía al

paño con quién estuviera mi hermana...

—¡Regalos, regalos, regalos! Empezaron a corear los niños mientras daban palmaditas en la mesa...

—Venga, volar ya a por ellos, impacientes... —dijo Javier.

—Los dos bajaron ilusionados, cada uno en su estilo. Pablo me entregó un paquete grandote y perfectamente envuelto y Cristina lo que parecía ser una cajita pequeña con el papel hecho un poco un churro.

—¿Qué le ha pasado al papel de tu regalo, Cristina? —preguntó Pablo con ciertas ganas de guasa— ¡Parece que lo ha cogido el tren!

—¡Como no te calles, saco la mano a pasear y te doy una torta! —dijo ella, un poco cortada.

—No se os ocurrirá dar un numerito hoy a ninguno de los dos o saco yo el manual de los castigos y le doy uso un mes —dijo Javier con decisión— vuestra madre merece un cumpleaños tranquilo y feliz...

Me tuve que morder la lengua para no hablar. Desde luego, que siempre hablaban los que tenían que callar...

—¿Te ha gustado mami, te ha gustado? —preguntó Pablo un tanto alborotado...

—Me ha encantado, cariño —dije, con lágrimas en los ojos, ya que Pablo se había currado un pedazo de collage de fotos familiar que habían llevado a enmarcar y que fue a darme justo en el corazón, dadas las circunstancias y lo que estaba por venir...

—¡Ahora lo mío, que no tendrás duda de que es más práctico! —dijo Cristina.

—¡Cielo es una monería! Lo estrenaré hoy mismo —dije, sacando el bonito colgante de su cajita.

—Y el último el mío, Amanda. Espero que te guste porque no te tenido demasiado tiempo este año para esmerarme, lo sabes...

—Lo sé, lo sé —dije. ¡Y tanto que lo sabía! Este año había estado bastante más ocupado que otros. Tenía dos buenas razones para ello, ¡que salían del escote de Paty!

—Muchas gracias, sabes que siempre me viene fenomenal —dije, mientras sacaba mi perfume preferido de su caja.

—gracias a ti, me alegra escucharlo.

De toda la vida me había parecido un tanto impersonal hacer el típico regalo que la otra persona terminará por comprarse, dado que es lo que usa, pero debía disimular nuevamente.

—De verdad, no tenías que haberte molestado, con lo mal que estás de tiempo —añadí, mientras me reclinaba para darle un ligero beso.

—¿Estás contenta, mamá? ¿Te ha gustado todo? Preguntaba Pablo mientras comenzábamos a recoger la mesa...

En mi interior había tal cúmulo de sensaciones, y tan encontradas, que me costaba no dejar las lágrimas brotar.

—Muy contenta mi niño, soy muy feliz por tener unos hijos tan maravillosos como vosotros —dije, mirándolos orgullosa.

—¡Y dile algo también a papá, el pobre! —dejó caer, Cristina...

—Venga adúladora, tira para tu cuarto y vístete, que tenéis un largo día por delante para mimar a vuestra madre. Os va a llevar de compras, pero espero que no intentéis desvalijarla, ¡y eso va por ti, señorita presumida!

—Tú también a vestirte Pablo y cuídame hoy a mamá, ¿eh?

Con dos narices. A mí que cuidara el niño que ya cuidaría él a Paty mientras. Quizás fuera

cierto que él tenía que trabajar, pero también que la vería a alguna hora del día. No iba a amargarme mi cumpleaños, ni a hacer ninguna llamada de control ni a nada que se le pareciera...

—¿Me perdonas, verdad? —preguntó al quedarnos a solas en la cocina.

—Sí, sí, no hay ningún problema —contesté, zafándome con el pretexto de que también tenía que ir a ducharme y vestirme.

Era el primer momento en el que nos mirábamos frente a frente desde que yo había tenido conocimiento de su infidelidad y su cercanía me dolía...

En la ducha me evadí pensando en Mario y en que aquel sería el último cumpleaños que no pasara junto a él. Estaba deseando darle la buena nueva y agradecerle aquel mensaje que me había alegrado la mañana...

Aunque en línea casual, para disfrutar del día con toda la comodidad que requería, me puse divina de la muerte. Mis vaqueros de campana quedaban estupendos con aquellas botas de piel que estrenaba, camisa blanca neutral sobre la que pendía el colgante, regalo de Cristina, la gabardina que me había autorregalado y mi bolso de Valentino, que usaba como el comodín del público con ese tipo de outfits. Un perfecto maquillaje de diario y el pelo planchado remataban el conjunto.

—Estás, estás... No sé ni cómo definirlo. Estás distinta Amanda —dijo Javier, mirándome con intensidad.

Deben ser los cuernos que tendrán efecto antioxidante o algo, pensé. Eso o que cuando una se empodera, se nota a kilómetros de distancia...

—¿Debo tomarlo como un cumplido?

—Porque está el personal menudo, que si no, ya te demostraría que sí, que puedes tomarlo como un cumplido...

Me dolió el doble juego que se traía entre manos. Al final iba a resultar que no podía ser más falso, ni tener más dobleces...

—¡Niños nos vamos, en 3, 2, 1...! —dije, como si no me hubiese enterado del comentario y no hubiera sentido aquellas arcadas.

—¿Nos vemos a media tarde? —preguntó.

—Me parece bien. Aprovecha el día —dije con la sonrisa más fingida de los treinta y seis años de vida que cumplía.

Eran las once de la mañana cuando cruzamos el umbral de la puerta con destino a pasar una jornada formidable. La última en la que viviríamos los cuatro juntos, después de tantos años...

—¿Me puedo sentar ya delante, mamá? —preguntó Cristina.

—Hija mía, ¿cuántas veces voy a tener que explicarte que aún es pronto para que ocupes el asiento del copiloto?

—Había que intentarlo, entiéndelo... He traído algo de musiquilla moderna para que la escuchemos por el camino mami, antes que nos pongas alguna antigüedad de esas tuyas...

—Anda que vaya tela, parece que os lleve toda la vida torturando con cantos gregorianos, vida...

—Más o menos, mamá...

Tenía buena mano para la música y nos hizo cantar a su hermano y a mí también. En un momento dado, estábamos todos a voz en grito coreando “Pantera” de Omar Montes y la escena era de esas que guardas en la memoria como un preciado tesoro.

—¡Ya estamos aquí porque hemos venido! Bajad del coche.

—¿Mami tú sabes que yo te quiero mucho, verdad? —dijo Pablo, dejándome un tanto

alucinada.

—Por supuesto amor pero, ¿a qué viene eso?

—Porque de otra manera nunca hubiera aceptado venir a un centro comercial un ocho de diciembre, mamá, ¡va a ser el caos! Aquí hay más gente que en el comedor de Harry Potter...

—¡Ven aquí amor mío y dame un abrazo!

Gente, lo que se dice gente, había, pero desde luego eso no era algo que importase a Cristina, que pululaba entusiasmada de tienda en tienda, decidiendo cuáles eran los modelitos que mejor le sentarían...

Una hora y media y unos veinte establecimientos después, el pobre Pablo pedía socorro y decidí que era hora de darle algo de oxígeno sentándonos a tomar algo. Poco imaginé que no íbamos a tener ocasión ni de terminar el aperitivo como Dios manda. Sonó el teléfono y era Javier.

—Amanda, me vas a matar, definitivamente me matas —me dijo, muy apurado.

—¿Qué ha pasado? ¿Puede saberse?

—Vuelvo a tener un problema en el trabajo. Es una de nuestras mejores campañas publicitarias, tenía que haberse lanzado ayer y es un cliente al que no le podemos fallar...

—De veras que no sé lo que tiene todo esto que ver conmigo...

—El director está como una fiera y nos ha citado a todos los jefes de área en la oficina...

—¿Y?

—Y he salido con tanta prisa que me he dejado una carpeta con documentación trascendental y un pen encima de la mesa del comedor...

—Javier, esto es inaudito...

—Amanda, no te lo pediría si no fuera un favor crucial. Quien logre hoy “sacarle las castañas del fuego” es candidato a un ascenso, no me cabe ninguna duda ni de eso, ni de que puedo ser yo, pero necesito tu ayuda...

—¿No hay nadie más que pueda...?

—He llamado a Sheila por si podía acercarse aquí por la llave e ir por nuestra casa pero no la localizo y lo mismo ha pasado con mi hermano...

—Javier, me has cortado el día por la mitad. Es lo último que esperaba, pero lo haré, cómo no voy a hacerlo.

Seguía siendo el padre de mis hijos y, si a nivel laboral progresaba, aquello también terminaría repercutiendo en ellos. Por esa razón tenía que hacerlo, pese a que por mí lo hubiera mandado a freír espárragos sobre la marcha.

—Niños, se acabó la fiesta por un rato, tenemos que volver a casa.

—¿Y eso? —dijo Cristina indignada...

—Una verdadera pena —añadió Pablo con la cara iluminada.

—iremos, le acercaremos a papá lo que necesita y nos quedaremos a comer en alguno de los sitios que nos gustan de las cercanías de casa.

—¡En ese caso propongo ir un rato a la bolera después de comer! —dijo Pablo, levantando la mano.

—Por mí de acuerdo —dijo Cristina, contenta porque la mayoría de las compras realizadas habían sido para ella.

Desde luego que aquello no tenía nombre, de acuerdo que no hubiera sido capaz de librar aquel día para pasarlo con su familia, pero meternos en aquel marrón, era demasiado, ¡ya le valía! ¡Bien se notaba que no tenía la cabeza donde la tenía que tener!

Estaba realmente furiosa y fue entonces cuando aquella idea vino a mi cabeza. Realmente no podía saber lo que pasaría a la mañana siguiente en mi casa. No había quien me convenciera de que esa noche Javier ya no dormiría allí pero, ¿y si pretendía entrar a primera hora de la mañana por sus cosas?

Él seguiría teniendo las llaves hasta que lo sacara todo, era lo que me parecía de recibo y eso se traducía en que podría pillarnos a Mario y a mí en plena conversación mañanera y “con las manos en la masa”. Aunque quizás se lo mereciera, yo no tenía tan poco estilo y, si Mario había roto las reglas aquel día, bien podría romperlas yo también por una vez.

Conduje hasta casa y, justo antes de abrir la puerta, envié un mensaje:

“Cariño mil gracias por tu mensaje de antes. Te escribo para decirte dos cosas, una mala y otra buena. La mala, no te hago esperar, es que mañana puede que se me complique el día y no podamos hablar por Skype. La buena es que, también mañana, a las 19:00, merendamos juntos en la cafetería nueva de la calle principal y no me importa que sea a la vista de todos. No contestes nada. En unas horas nos vemos”.

Capítulo 9



—¡SORPRESAAAAAAAAAAAA!!!! —gritaron al unísono todos los presentes.

Debí quedarme a cuadros y mi cara debía ser todo un espectáculo. Allí estaban Javier, Paty, Carol y todos nuestros amigos. Realmente la casa estaba hecha un primor con una decoración exquisita y el jardín parecía propio del Gran Gatsby. Aquello era impresionante....

—Javier, yo no sé qué decir....

Y de veras que no lo sabía, ¿por qué había organizado todo aquello si yo ya no era la mujer de su vida? ¿Y Paty? ¿Cómo se había metido en semejante sarao, cuando era probable que ya no me quisiera ver ni en pintura, igual que me pasaba a mí con ella?

—No digas nada, Amanda. Solo disfruta.

—Eso Mandy, este es tu día... —me dije Paty mientras me estrechaba en sus brazos.

—No me cabe en la cabeza cómo puedes haber organizado todo esto en unas horas, Javier... ¡Es una locura!

—Pues si te ha gustado, me alegro de estar loco. Aunque obviamente, no podría haberlo hecho sin Paty. Le pedí ayuda hace unos días y me dijo que estaba deseando hacerlo conmigo, que me iba a encantar (y así ha sido) y que tú te lo merecías. Y desde luego, no se equivocó en nada.

Las lágrimas brotaron de mis ojos como si fueran un grifo abierto. En aquel momento caí en que había sido presa de un error que podría haber traído consecuencias fatales. Dos de las personas que más me querían habían unido fuerzas para que tuviera un cumpleaños de película y yo había llegado a odiarlos en tan solo unas horas.

Aquello no tenía “pero” posible. Paty había demostrado ser una organizadora de primera división. Varias mesas cuidadosamente dispuestas en las que había un pica-pica de lo más variado precedía lo que eran distintos ambientes: una zona donde la música sonaba más baja para hablar, otra con cojines para relajarse, otra que servía de improvisada pista de baile... y todo con un toque chill out que encandilaba.

—La única que falta es Verónica pero no la he avisado para no ponerla en un compromiso. Sé que es un alma libre y lo que piensa de las fiestas concertadas y tal —dijo Javier.

¡Cielos pues si mi hermana lo hubiera sabido, otro gallo hubiera cantado! Ese fue el pensamiento que mi cabeza repetía una y otra vez.

—No te preocupes, Javier, ¡faltaría más! Todo está de lujo, yo no esperaba...

—Amanda, sé que no he sido el mejor marido del mundo en los últimos tiempos, pero siempre

has sido prioritaria en mi vida. Perdona, no son maneras. Me cuesta hablar de mis sentimientos abiertamente. Lo que quiero decirte es que siempre te he querido y te sigo queriendo con toda mi alma —me dijo por los bajinis mientras nuestros amigos comenzaban a acercarse a felicitar-me.

Me sentía como en un barco, Mi cabeza daba tumbos después de haber vivido los días más complicados de mi vida. Además, muchos de nuestros amigos tenían niños y la algarabía era tremenda: carreras, gritos, canciones...

—¿Mandy, estás bien? —me dijo Carol... A mí han podido avisarme de chiripa... He estado unos días desconectada del mundo, a mi bola, haciendo cosas con la ONG y de casualidad vi anoche los mensajes de Paty.

—Estoy bien, estoy bien, no te preocupes —respondí, aunque debía estar pálida como la cera... Es solo que necesito un poco de aire...

Todo en mi cabeza seguía dando vueltas y estaba claro que no era momento de pensar como diría Verónica. Era hora de poner el modo “pasar-lo bien”, pero se me hacía difícil, dadas las circunstancias...

—Amanda, ¿no te encuentras bien? —me dijo Javier, cogiéndome cariñoso por la cintura.

—Sí, sí, le estaba diciendo a Carol que en cuanto me dé el aire estaré presta para el baile.

Decidí cambiar el chip y lo hice. No podía saber lo que el destino me tenía reservado pero hubiera sido una ingrata de no haber disfrutado de aquel momento tan especial, uno de esos casi irrepetible...

Lo logré. Juro que lo logré. Aquel fue uno de los días más especiales de mi vida y creo también que de la de Javier y de los niños. Los trillones de fotos que hicimos lo atestiguan.

Todos bebimos, cantamos (también había karaoke), comimos, bebimos, saltamos e hicimos el ganso hasta la extenuación.

El momento de la entrega de regalos fue épico, indescriptible. Recibí un aluvión que me hacía pensar que iba a tener que aumentar mi vestidor, pues casi todos pensaron en mí como aquella enamorada de la ropa, calzado y complementos que era... Sin embargo, el cariño y efusividad de cada uno de los presentes era el mayor de los obsequios...

—¿No es el regalo, verdad? Son las manos de quien lo entrega —dijo Javier dándome un cariñosísimo beso en la frente y con las suyas temblorosas. Aquí tienes el mío. Creo que este sí está algo más currado que el de antes...

—Cariño, es, es...

—No digas nada cielo, el regalo me lo acabas de hacer tú a mí, dijo Javier con lágrimas en los ojos. ¡Cuánto tiempo deseaba escuchar un “cariño” de tus labios!...

—Pero este regalo...llevaba tanto tiempo deseándolo... Siempre he querido hacer este viaje a Japón, soy una apasionada de aquella cultura...

—Pues ahora ya es tuyo. Solo tienes que ponerle fecha y, otra cosa te digo, son dos pasajes pero, si por cualquier circunstancia, prefieres que sea Paty, Verónica o Carol quien te acompañe lo entenderé. Aunque no te voy a negar que muero por ser yo...

Aquel último gesto generoso me tocó directamente en el corazón...

—Necesito volver a airearme un poco Javier, están siendo muchas emociones, pero quiero que sepas que nunca voy a olvidar este día, pase lo que pase en nuestras vidas —dije.

—Yo tampoco Amanda y espero que algún día se lo podamos contar juntos a nuestros nietos...

Seguimos bailando hasta no sentir los pies y, cuando el sol comenzó a anunciar su retirada, la fiesta tocó a su fin...

—Mandy, espero que lo hayas pasado sensacional —dijo Paty, dándome un fortísimo abrazo.

—Lo he pasado, Paty, lo he pasado... No tengo palabras para agradecerte...

—Ni se te ocurra buscarlas, bobalicona... ¡No faltaba más!... Voy al baño y ya os dejo... — dijo guiñándome un ojo.

—Te acompaño...

—Por fin solas. Mandy supongo que todo esto tiene que haberte desconcertado un poco. Tú estabas con la idea de Mario en el coco pero Javier me pidió ayuda y creí que era una idea preciosa y...

—Paty, ayúdame, te necesito. La idea de Mario no se me había quitado de la cabeza. Te lo dije porque...

—¿Me mentiste, Mandy? ¿Por qué?

—Porque leí el mensaje que le mandaste a Javier y creí que estabas deseando hacer otra cosa con él. Llevo todo el fin pensando que estabais liados... Y es que además se os veía tan volcados en el móvil, todas las señales parecían apuntar...

—¡Cáspita! Es lo más fuerte que he escuchado nunca, liados estábamos desde luego, pero con la fiesta, que nos faltaban horas al día. ¡Mandy, no puedo creerlo!

—Lo siento Paty, lo siento, ¿podrás perdonarme algún día?

—Ya lo he hecho. Olvidado pero con una condición: no vuelvas a dudar de mi lealtad.

—Nunca, amiga, nunca... dije, mientras las lágrimas volvían a inundar mis ojos...

—Ya pasó, cabecita hueca, ya pasó...

—Necesito hablar contigo urgente. Hay algo que no sabes...

—¿Qué?

—He quedado con Mario mañana por la tarde...

—¿Eso significa qué...?

—Justamente. Te acompaño al coche. Eso nos dará cinco minutos más para hablar...

—Voy a despedir a la mejor organizadora de fiestas del mundo, familia, ahora os veo —dije, dejando entornada la puerta de casa...

—Aquí volvemos a estar a salvo, Mandy. Ahora piensa bien lo que vas a hacer. Cuando quedaste con Mario estabas bien calentita con Javier, pensando que eras una cornuda y demás... Míralo ahora con perspectiva y, si es lo que sigues deseando, tendrás todo mi apoyo...

—Yo solo sé que con todo lo que ha pasado desde el viernes, me he dado cuenta de que quiero a Javier con todo mi corazón, pero también que deseo a Mario a morir... ¡No sé lo que hacer, Paty! Ayúdame por favor...

—Mandy, ya te lo dije una vez: no puedes quedarte con los dos. Tienes que tomar una decisión, aunque no sea fácil...

—Ya lo sé, Paty y ojalá que tuviera una varita mágica para fusionarlos y hacer uno solo con lo que me gusta de cada cual...

—Sí y la estuve buscando para regalártela pero me dijeron que no les quedaban de esas... No obstante, sí puedo regalarte un consejo que vale tanto como esa varita...

—Dime...

—Piensa una cosa: tanto Javier como Mario te quieren y te desean pero cada uno a su manera han sido un poco egoísta...

—¿Y dónde quieres llegar con eso?

—Muy sencillo... Mira por ti y sé tú algo egoísta ahora...

—¿Cómo?

—No tomes una decisión sobre con cuál de los dos quedarte hasta que no conozcas mañana a

Mario...

—Pero eso sería romper las reglas: debíamos conocernos cuando estuviéramos completamente seguros...

—¿Y quién es él para enamorarte imponiéndote reglas? Mandy los quiere a los dos y no puedes seguir así...

—Tienes toda la razón...

Entré en casa. Al poco, los niños cayeron rendidos... Sabía que esa noche tenía una conversación pendiente con Javier...

—Amanda, sé que nuestro matrimonio lleva mucho tiempo en la cuerda floja y tengo miedo. Por eso he querido organizar esto hoy, porque me encantaría que todo volviera a partir de cero, como canta Dani Martín, ese guaperas que tanto te gusta y que en el fondo me pone algo celoso...

—¿De veras? ¡No puedo creerte! Es la primera vez en mi vida que te oigo hablar de celos (salvo un poco con el tema de Carol). Pensaba que eras el hombre más impasible del mundo...

—Me escondía detrás de ese escudo y de otros, con tal de que las cosas no me hicieran daño...

—¿Y eso por qué?

—Será porque en el fondo siempre te he visto tan segura que tenía miedo a que no me necesitaras...

—Pero las parejas no tienen que necesitarse, Javier, solo tienen que amarse y, en todo caso, admirarse...

—Ya, pero me sentía tremendamente inseguro y pretendía hacer ver lo contrario. Además, tú eres guapísima, llevo años viendo cómo los hombres se giran para verte cuando pasas y...

—¿Y con quién quería estar yo, Javier? Nunca me ha importado si me miraban o no... Además tú también eres muy atractivo y yo por eso no...

—Porque tú eres tú y yo soy yo, Amanda, pero necesito que me des una segunda oportunidad. Pensándolo bien, así me estoy vendiendo fatal. Comenzaré de nuevo: creo que si nos damos una segunda oportunidad, juntos vamos a ser más que cada uno por separado...

—No sé qué decir...

—No te pido una respuesta inmediata. Supongo que llevarás mucho tiempo reflexionando, igual que yo. Tampoco voy a insistirte en que te acuestes conmigo, no me vale de nada si no es lo que te pide el cuerpo, solo quiero que sepas que, cuando me necesites, en el sentido que sea, te estaré esperando para darte lo mejor de mí...

—No es eso Javier, es que...

A punto estuve de soltar todo por esta boca. Tenía ganas de decirle que en ese momento le hubiera abrazado, aferrándome a él y no como a un clavo ardiendo, sino porque volvía a sentir esa unión que un día tuvimos pero que... pensar en hasta dónde podía llegar Mario y en todo lo que podíamos explorar juntos en la cama y fuera de ella, me seducía también tanto que no podía resistirme. Mi corazón estaba totalmente dividido.

Y llegó el día "D". Amaneció un martes de nuevo frío pero soleado que me recordó que el sol seguiría saliendo día tras día, pasara lo que pasara...

—Amanda, recuerda que hoy no puedo venir a almorzar. Ahora sí que tengo que recuperar horas, que la semana pasada estuve muy volcado en los preparativos de la fiesta de una personita —dijo, guiñándome el ojo.

—Ya, no te preocupes. Yo esta tarde dejaré un rato a los chicos con los padres de Bruno y Sonia, que tengo que salir a un recado. Te veo a la hora de la cena.

—Perfecto, entonces. Mándame algún WhatsApp a lo largo del día para que sepa cómo estás, anda —me dijo, dándome un beso cuando salía por la puerta.

—Vale, así lo haré...

Aquella mañana, a la hora de siempre, recibí un solo mensaje de Skype con un corazón. Mario lo hizo así por mi advertencia. El caso es que yo estaba sola pero no se lo diría. Paty me había dado la clave: piensa en ti y elige cuando sepas quién es quién. No quería una conversación previa.

Al mediodía me reuní a comer con ella y la conversación me vino de perlas.

—¿Nerviosa, Mandy?

—Estoy como un flan, Paty, como un flan...

—Pues déjate de ñoñerías y ponte rompedora, ¡quién sabe lo que pueda pasar! Además, que te quiten lo bailado, lo que estás viviendo en los últimos tiempos es oro puro...

—Y tanto, ¡quién me iba a decir a mí!

—Disfruta el momento, Amanda y hoy cuando comiences a prepararte olvídate de dilemas. Piensa solo que vas a vivir uno de los momentos más increíbles de tu vida y sácale todo el jugo... Al momento, ¿eh? Lo del jugo digo. Bueno o a lo que tú quieras... —dijo riendo con ganas.

—Paty, no sé lo que haría sin ti...

—Puñetera, pues mira que has estado a punto de despellejarme estos días...

—No sabes lo que...

—Como empieces otra vez, me levanto y me voy, alcornoque, que pareces un disco rayado...

Nos despedimos con la promesa de que esa noche le escribiría antes de volver a casa.

—Te voy a necesitar, elija al que elija, estaré feliz pero hecha polvo por el otro...

—Y dale, y la burra al trigo... Déjate ya de tonterías y disfruta ese momentazo que vas a vivir esta tarde pisando fuerte con esos taconazos que te gastas, amiga...

El arreglo fue todo un ritual. Tranquila, sin niños, con música, primero me di un delicioso baño con espuma que debió durar como una hora. Hacía tiempo que no me dedicaba tiempo para mí y eso se había acabado. Es más, me serví una copita de champagne con la que brindé conmigo misma por mi futuro.

Me pondría algo que no fuera demasiado sexy pero tampoco demasiado recatado, encontrando el punto ideal para verme coqueta sin llegar a sentirme incómoda.

No quería llevar minifalda, escotes vertiginosos ni maquillaje excesivo. Opté por tonos claros que creía que elevarían mi look para la que sería una cita especial aportando luz y elegancia. Le añadí una falda de tubo básica y unos tacones con personalidad. Naturalmente, mi nueva ropa interior iba debajo. Para resguardarme del frío, elegí un trench beige. Y el pelo me quedó ideal gracias a unas nuevas planchas de ondular, regalo de Paty el día anterior.

Algo inesperado debió pasar en el centro porque el tráfico estaba completamente colapsado. Era el caos pero decidí templar mis nervios. Si llegaba un poco tarde, no sería el fin del mundo. Lo bueno se hace esperar.

Por fin llegué al parking y me costó dar con una de las lucecitas verdes. Al margen de que fuera un día especialmente conflictivo en cuanto al tráfico se refiere, las compras navideñas ya eran suficiente como para que saliera gente de debajo de las piedras.

¡Madre mía! Lo había olvidado. Tanto vestirme para la ocasión y no llevaba mi flor. La consigna, desde el primer día, había sido que el día que nos encontráramos nos reconoceríamos porque ambos llevaríamos una flor en la mano, la que fuera...

¡No había floristerías por allí! Tenía que buscar y hacerlo pronto. Apenas había árboles ni

hierbecillas de los que pudiera brotar alguna por la zona. Me veía a la carrera con los zapatos en la mano, a ese paso... No hizo falta. El destino me volvió a tender una mano y allí, ante mí, saliendo de una pequeña rendija de una baldosa, al borde de la carretera, sobresalía una frágil pero bonita florecilla.

“Lo siento bonita, pero ya eres mía”. Eran justo las 18:58 cuando divisé la cafetería y, dos minutos más tarde, cruzaba el umbral de la puerta.

No tardé en divisarlo. Estaba sentado de espaldas pero llevaba en su derecha una preciosa flor...

Con el corazón en la boca avancé hacia él...

—¿Javier?

—No digas nada Amanda, esta flor es solo parte del ramo... de violetas que he preparado para ti...

No entendía nada...

—Explícame por favor, me estoy poniendo muy nerviosa... ¿Cómo te has enterado? ¿Qué le has dicho a Mario para que no viniese? ¿Por qué lo has hecho? Me has dejado sin la posibilidad de decidir, me has... ¿O es que acaso tú...?

—Sí, mi vida. Yo soy Mario. He sido Mario desde el día uno, cuando fingí comenzar a hablar contigo por error...

—No entiendo nada, me estoy volviendo loca. No sé qué pensar... Yo no debí mentirte pero tú a mí tampoco... Esto da vértigo... Estoy temblando...

—Mi niña, déjame explicarme. Tú estabas muy mal y nuestro matrimonio estaba anquilosado. Yo no sabía cómo hacer las cosas. Y quería recuperarte, lo deseaba con todo mi ser...

—¿Y por eso urdiste esto? ¿No me lo podías haber dicho?

—Tú ya no me escuchabas cariño y yo quería ayudarte, ¡a Javier no le dabas la oportunidad!

—Y fue entonces cuando pensaste que...

—Cuando pensé que si podía ayudarte, como fuera, a salir de ese pozo, ya habría ganado y estaría en ti quedarte o no luego conmigo, pero tú al menos volverías a ser la Amanda sonriente de siempre, que era lo que yo deseaba...

—¿Y el sexo? ¿Qué me cuentas de eso?

—Ese era otro caballo de batalla, amor. Hace mucho que sé que los dos tenemos una parte que podía complementarse a la perfección, una química mucho más allá de la que creíamos pero en persona me costaba la misma vida, no era capaz...

—Ya, pero esto es muy confuso, es...

—Piensa que si lograba que te enamoras de esa parte salvaje y chispeante de Mario y de todo lo divertido que él podía ofrecerte, en el fondo ya tendrías también lo que echabas en falta de mí, ¡el pack completo! Soy el tío que ha estado contigo todos los días de tu vida pero también el que va a hacerte a partir de ahora vibrar en la cama como nunca lo has hecho y con el que vas a vivir mil y una aventuras, a cuál más emocionante...

—Mario, digo, Javier, no tengo palabras... solo sé que, ¡TE QUIEROOOOOOOOOOO!

Salimos de aquella cafetería cogidos de la mano, más enamorados y felices de lo que nunca lo habíamos sido. Moría de ganas de estar ya de vuelta. Follaríamos como leones, me notaba humedecer por momentos...

—Amor, llévame ya a casa, quiero sentirte, quiero...

—¿A casa? Ni de coña...

—¿Y eso? ¿Y los niños?

—Todo está arreglado cariño y ahora tú y yo nos vamos a celebrar tu cumpleaños solitos a la suite del mejor hotel de la ciudad. Y por cierto, yo de ti, miraría en la guantera...

Allí había un antifaz, el mismo que me había descrito en mi fantasía del trío y eso solo podía significar una cosa...

Epílogo



Un año después...

Y de nuevo íbamos a celebrar mi cumpleaños, un año después del día que cambió nuestras vidas. Un año después del momento trascendental en el que comprendí que al final no hizo falta una varita mágica para convertir a los dos hombres que adoraba en uno solo.

Yo no cumplo años el 9 de noviembre como la chica de la canción de Cecilia a la que le pasó lo que a mí, que su amor secreto, el que le escribía versos y le mandaba un ramito de violetas, era su propio marido, pero Javier me prometió que también las recibiré, igual que aquel día en la cafetería.

Desde entonces hasta hoy nuestra vida ha cambiado mucho y somos felices hasta decir basta.

—Niños, let's go! ¡Vamos, vamos, que las tías Verónica y Raquel nos esperan!

—Ya estoy —dijo Pablo, con su equipo de escalada en mano...

—¿Y no podemos hacer algo menos rudimentario? Vamos digo yo... —añadió la renegona de Cristina.

—Hija mía, que parece que tu madre y yo te hicimos replicando —dijo Javier. ¡Todos al coche!

Cada pocos meses íbamos a ver a aquellas dos cafrecillas, que ya vivían juntas y que cada vez compartían más actividades y hobbies que hacían de su vida lo que les gustaba, una pequeña montaña rusa.

—¡Hermanita, este cumple va a ser bastante distinto! La tarta y las velas tendrán que esperar, tenemos un día movidito por delante ¡Espero que lo resistáis!

—¿Por quién nos has tomado, guapa? Aquí mi flamante maridito y yo corremos cada tarde 5 kilómetros y estamos en forma...

—Eso espero dijo Raquel —mientras los niños se abalanzaban hacia ella y casi la tiraban de espaldas.

El día fue francamente formidable. Les pedí que por favor no me hicieran regalos, al menos no materiales... Ya tenía bastante con lo que la vida me había dado la oportunidad de disfrutar y les dije que cada uno hiciera una contribución a la ONG de Carol, que allí necesitaban el dinero...

—Tatas, menos mal que vosotras no sois unas empalagosas como papá y mamá que están todo el rato arrumacos por aquí y arrumacos por allá. No sé qué mosca les ha picado —dijo Cristina,

riendo.

—Eres comprensión pura, cariño, te lo recordaré el día que tengas un novio, pero vamos que ni se te ocurra que sea pronto —le dije, en tono mandón.

Reímos, cantamos y comimos las deliciosas provisiones que, entre todos, habíamos portado en nuestras mochilas. Después Javier cogió a los niños y empezó a enseñarlos a subir a un árbol.

—Cuidadito, ¿eh? Que no estoy yo para cuidar escayolados un mes —dije.

—Eso hermanita, ¿qué me cuentas de ese ascenso? —preguntó Verónica.

—Pues ya ves, que volví por la puerta grande y decidí que lo bueno que me estaba pasando, debía proyectarse también en lo laboral y fui por él. Ahora tengo un cargo que me mola más y que encima tiene unos horarios más acordes a los de los niños —dije.

—Por cierto Amanda, ahora que no nos escuchan... ¿Cómo fue el gran momento con Mario-Javier? —preguntó Raquel.

—Fue bestial, chicas. Emociones encontradas en estado puro. Lo más impactante y desconcertante que jamás pensé que viviría.

—Pero eso te puso las cosas fáciles no...

—¡Y tanto! Además, por momentos lo fui encajando todo: por eso el nombre de Mario (que tanto me había gustado de siempre), por eso me dijo que se haría enseguida con los niños, (normal, si eran los suyos), por eso solo me contaba anécdotas de muy joven (porque lo demás ya lo sabía yo), por eso me decía que de una u otra manera sabía que siempre formaría parte de mi vida (me quedara con el que me quedara) y por eso tantas y tantas cosas...

—No te mentía en nada, Amanda. Bueno, solo en el nombre de su mujer y en que era profesor, pero es que de otro modo no hubiera colado...

—¿Y ahora en la cama? —preguntó Verónica.

—Pues digamos que no hay una com-“penetración” que me hace estremecer hermanita...

—Joder, lo vuestro sí que ha sido eso de “renovarse o morir” ...

—Pues sí...

—¿Y lo demás?

—Pues, como parte de lo demás, este bellezón y yo nos tomamos una noche cada dos semanas para salir a cenar, a bailar, a beber y... —dijo Javier riendo, según se acercaba,

—Y cállate anda, que ya vienen los enanos por ahí —le dije, dándole un cariñoso beso.

—Y no sé si os ha contado que por Reyes nos vamos con los niños a Nueva York. El viaje de este año lo haremos los cuatro, aunque ya nos reservaremos un finde más adelante para los dos solitos —dijo Javier.

—¡Vaya cara! —añadió Cristina.

—Tú cállate que ya sabes que Nueva York es el paraíso de las compras y habrá alguien que querrá salir bien parada —le dije.

—Pues eso digo yo, que os podéis ir de finde en cuanto os apetezca —añadió Cristina, muerta de la risa.

—¡Vaya familia bonita que tenéis! —dijo Raquel.

—Bueno, la vuestra es más reducida pero tampoco se queda atrás chicas —añadió Javier.

—Bueno y lo de más reducida tiene los días contados —dijo Verónica.

—Hermana, ¿estás, estás... embarazada? —dije con lágrimas en los ojos.

—¿Y por qué tendría que ser ella y no Raquel? —preguntó Pablo, demostrando una vez más que era el más juicioso de la reunión.

—Ninguna de las dos —contestaron casi al unísono— Es solo que hemos iniciado los trámites

para una adopción internacional.

—No podíais haberme hecho un mejor regalo de cumple, chicas...

Unos minutos después Javier me cogió de la mano y paseamos a solas por las inmediaciones.

—¿Cuánto de feliz has sido este año, amor? —me preguntó.

—¿Sabes eso de todo lo feliz que se puede ser? Pues multiplícalo por un millón...

—Entonces, ¿volverías a pasar por todo aquello para estar en el punto en el que estamos, mi niña?

—Javier fuiste, eres y serás el hombre de mi vida. Volvería a pasar cualquier prueba con tal de disfrutar de lo que tenemos. Nunca pensé que pudiera llegar a estar tan orgullosa de ti y gracias y mil veces gracias por organizar todo lo que nos ha llevado a hacer de los dos lo que hoy somos, es decir, por dar forma a lo que fue “El secreto de Amanda”.